

# REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 13 de Octubre

SEMENARIO DE CULTURA HISPANICA

## SUMARIO

La influencia del medio ambiente en la carrera literaria de Guillermo Valencia.....	Camilo Cruz Santos	Algunas meditaciones de la obra <i>El sentido trágico del Quijote</i> .....	Rafael Cardona
Del poliedro de América.....	Elena Torres	Tablero.....	
Venezuela.....	Ramón de Basterra	Una lápida para Manuel Briceño.....	J. Albertazzi Avendaño
Página lírica.....	A. H. Pallais	La Edad de Oro.....	
Sólo Sandido representa a nuestra América.....	Roig de Leuchsenring	Un sueño.....	Sully Prudhomme
Ramón de Basterra.....	Joaquín de Zuazagoitia	La Jornada del Marañón.....	Horacio Quiroga
Glosas.....	Eugenio d'Ors	De la cabuya y del henequén.....	G. Fernández de Ovedo
Página lírica.....	Stefan George	Astronomía legal.....	Silverio Lanza

DURANTE varios días había estado en acecho de una oportunidad para exigir de la generosidad del Maestro una hora en la que pudiera conversar a mis anchas con él de ciertos aspectos de su carrera que todavía no son bien conocidos. A pesar de todo lo que acerca de Valencia se ha escrito, tanto en Colombia como en el extranjero, quedan algunas zonas inexploradas de su vida, a donde no han llegado ni los reporteros de ocasión ni los críticos profesionales.

Quienes conocen de cerca a Guillermo Valencia y la manera como se desenvuelve su vivir cotidiano, saben lo difícil que es para él disponer de una hora libre. No obstante su vida de gran señor, el Maestro es persona llena de ocupaciones de distinta índole, y puede afirmarse que apenas si dedica una mínima parte de su tiempo a disciplinas literarias. Tal vez en esto se fundaba él para decirme aquella noche:

—Yo nunca he sido un profesional de las letras; ni creo que éstas sean mi verdadera vocación. Hubiera preferido ser un buen general o un buen médico. Mis grandes admiraciones han sido Julio César, Aníbal, Napoleón, Bolívar...

En efecto, Valencia ha estudiado sus campañas con el interés de un jefe de Estado Mayor. Me hace notar entonces el mérito de la estatua de Julio César, obra del escultor alemán Hans Dammann, que tiene sobre el escritorio:

—Observe Ud.—dice—cómo el artista logró fijar en el bronce las dos modalidades características de César: el lado derecho de la figura representa al conquistador, al domador de pueblos, al legislador, al *imperator* dueño del mundo; el otro, al hombre sensual, al epicúreo de vida refinada y muelle, al *Moechus Calvus*...

La interpretación del Maestro es exacta: el bíceps desnudo de atleta descansa sobre la mano que César afianza vigorosamente sobre la rodilla derecha, sobresaliente y firme, y parece simbolizar la acción en momentáneo reposo, la voluntad energética y pronta, el dominio su-

## La influencia del medio ambiente en la carrera literaria de Guillermo Valencia

*El círculo familiar. - Popayán, sede de refinamiento espiritual. - La Iniciación y los primeros triunfos. - Ritos. - El Maestro hace la crítica de sus propios poemas.*



Guillermo Valencia

(Oleo de Efraim Martínez)

premo; en tanto que el brazo izquierdo, apoyado con abandono en el puño que apenas se cierra sobre el flanco, en el comienzo de la pierna floja, danle un aire un poco afeminado de patricio libertino.

Valencia continúa:

—Mi espíritu es esencialmente crítico, y para mí la parte más interesante de la medicina es la diagnosis, y para ello se necesita ante todo ser un buen crítico. Cuando estuve en el Senado en 1909, pude comprobar por mí mismo cómo esa facultad de análisis, aplicada a casos patológicos, es natural en mí, y que mi diagnóstico: «Un supernutrido; sufre de albuminaria», coincidía exactamente con el que había hecho al enfermo un eminente clínico.

Volvímos a hablar de su afición a los hombres y a las cosas de guerra, principalmente acerca de Napoleón. El Maestro recordó entonces aquella página de *Los orígenes de la Francia contemporánea*, en la que Taine dice en elogio de Bonaparte: «No pensaba en palabras como los demás hombres, sino en actos». Después volvió a rodar el palique sobre César, y Valencia se dirigió en línea recta al sitio de la biblioteca en donde estaba *De bello gallico*, y empezó a leer una página de *Los comentarios*, traduciendo sin vacilar aquel latín elegantísimo, desesperación de los estudiantes de último año de latinidad.

—¿Qué importancia—le pregunté—concede Ud. al círculo familiar y al medio ambiente en la formación de su personalidad literaria?

—Decisiva. Mi padre era un hombre de gran cultivo intelectual y mi madre era muy aficionada a las letras y a las artes y hasta hizo algunas composiciones poéticas para felicitar a sus amigas en los cumpleaños, y escribía cartas muy bien escritas. Era una mujer de tan exquisita sensibilidad, que murió de pena dos meses después del fallecimiento de mi hermana Dolores, muerta a los 17 años de edad. Cuando ocurrió esta desgracia en nuestro hogar, mi madre se reclinó en un sofá diciendo: «esta pena me mata». Y no volvió a moverse de él hasta que hubo que conducirla a ella misma al lado de la hija...

Creo que mi temperamento poético se lo debo a mi madre; así como a mi padre el amor al orden, al método y a la claridad y



precisión en el concepto. También debo mucho de mi iniciación literaria a mi hermano mayor, Antonio, quien tuvo una educación clásica, de modo que le eran familiares los escritores latinos del Siglo de Oro. Antonio tenía grandes dotes oratorias; su elocuencia era vibrante y gustaba de los grandes períodos castellanos al estilo de Granada, a quien han llamado «el Amazonas de la lengua castellana». Gustaba también de analizar verso a verso y frase a frase los pasos literarios que más le interesaban. Y en ese trato constante, en esa conversación asidua, de que formaban parte mi padre, Joaquín Valencia, Joaquín Rebolledo, Carlos Albán, Hermógenes Cajiao, el filósofo cínico y mi hermano Antonio, fui aquilatando mi gusto literario y afirmando mi vocación poética.

Mi padre leía muy bien, era un gran lector. En casa se leía cotidianamente en voz alta, y él hacía leer a mis hermanos, comentando después el capítulo leído. La biblioteca de mi padre era selecta, y en ella encontraba pábulo nuestra sed de conocimiento y mi infinita curiosidad intelectual, de que los años no han logrado curarme.

Al llegar aquí juzgo oportuno decir algo más acerca del doctor Joaquín Valencia, padre del poeta, a quien él rinde, hasta donde la modestia se lo permite, el homenaje de su gratitud filial por el papel importantísimo que jugó en la formación de su espíritu y de su carácter.

El doctor Joaquín Valencia, al decir de sus contemporáneos, fué un varón ilustre: eminente jurisconsulto, matemático distinguido, filósofo, conocedor avanzado de las lenguas latina, inglesa, francesa e italiana. Cuando murió, don Sergio Arboleda dijo de él en la clase de Derecho Canónico de la Universidad del Cauca: «Con el Dr. Joaquín Valencia ha perdido Colombia uno de sus mejores jurisconsultos y el partido conservador, su primera cabeza». Era un civilista formidable, orador de grandes arrestos tribunicios, conversador interesante y discreto, varón lleno de dignidad y de respeto propio, pulcro en el vestir como en todas sus cosas, austero, prestantísimo. Tenía el *decorum* de los romanos.

—¿Fué muy severo y estricto con ustedes? —inquirí al Maestro.

—Mi padre era un hombre de costumbres tan austeras y rígidas, que siendo ya mis hermanos mayores de edad, jamás se atrevieron a fumar en su presencia, y tenían que estar en casa a las siete de la noche, hora en la que invariablemente se cerraba el portón. Era amigo de la ironía y solía emplearla como correctivo tanto en el trato con sus hijos como con sus discípulos. Una vez, siendo mi padre Rector de la Universidad del Cauca, el portero se quejó ante él de que los estudiantes habían hecho en uno de los cuadros negros la caricatura de la flaca y caduca humanidad porteril. Mi padre comprobó por sí mismo el desaguisado, y dirigiéndose a los alumnos responsables, los amonestó de esta suerte: «Les suplico, caballeros, que en lo sucesivo se abstengan de pintar muñecos tan parecidos al portero...»

El doctor Joaquín Valencia fué también Rector del Seminario de Popayán, que en aquellos tiempos tenía mucho prestigio como centro cultural.

Guillermo Valencia puso fin a las reminiscencias acerca de su padre, con esta frase, enorme dicha con la más engañosa naturalidad: «Mi padre fue un hombre que hizo las cosas ordinarias extraordinariamente bien.»

—¿Cómo hizo usted su primera aparición en público?

—Fue en 1888, cuando tenía 15 años, en una repartición de premios del Seminario, en la que me tocó pronunciar un discurso en nombre de mis condiscípulos. Aquellos actos revestían una gran solemnidad. Y con

esa memoria portentosa de Valencia, recita este párrafo:

«Traspase Sesostris los términos de su dominio, derrame sangre en mil combates, unza al carro de su triunfo a los enemigos vencidos, llámese rey de reyes y señor de señores, no quedará de él más que un triste recuerdo, flaca momia encerrada en la tumba de su orgullo, y de su pueblo más que la arena del desierto. *Erit Aegyptus in solitudinem* (Isaías)».

Confiesa que esa oración fue un gran triunfo juvenil, y agrega:

—Entonces se bifurcó mi espíritu y se afirmó mi vocación. Estudié lo que me gustaba: historia, retórica, latín, griego, francés, y abandoné lo demás. Como tenía entonces una memoria colosal, me aprendía una epístola de Horacio en cinco minutos. Leía muchísimo. Vivía con los bolsillos llenos de libros: Heródoto, Plutarco, Polybio, Tácito, Tito Livio, Suetonio, Dion Casio, Veleyo Patérculo, Pomponio Mela, Momen... Me aprendí de memoria todos los nombres propios que Ménéndez y Pelayo cita en su *Historia de las ideas estéticas en España*.

A los que no hayan oído ponderar la retentiva de Guillermo Valencia, esto les parecerá inverosímil; pero no lo es: el Maestro sabe de memoria todos sus poemas y otros muchos, y cuando llega el caso, los recita sin omitir una coma. Sin embargo, él se queja de que ya no posee la memoria formidable de su primera juventud argumentando:

—Para que la memoria sea realmente admirable se requieren tres cosas: que sea pronta, fiel e indefinida. A la mía le falta el tercero de estos requisitos.

La segunda aparición de Valencia en público, y su segundo triunfo, fue el discurso académico que pronunció en el acto de clausura de las tareas en la Universidad del Cauca, acerca de «la influencia de la Iglesia Católica en la Edad Media»,—en representación de la Facultad de Filosofía y Letras. Debía tener entonces entre 17 y 18 años de edad. Esta pieza oratoria lo consagró, poniéndolo en el camino de la celebridad.

Por esa misma época obtuvo Guillermo Valencia un gran éxito de carácter popular. Con ocasión de un 20 Julio, un fogoso orador liberal, Manuel Barona, ocupó la tribuna, y dejando a un lado el panegírico de los próceres que en tal efemérides se estilaba, increpó duramente a los conservadores por la dureza con los vencidos, y su peroración se convirtió en una vehemente catilinaria contra el régimen. La plaza estaba llena de gente y los partidarios del gobierno se miraban unos a otros sin saber qué hacer. Cuando el orador descendió de la tribuna, Valencia subió audazmente, e improvisó una oración más fogosa y elocuente que la de Barona, en defensa del partido conservador, que le mereció una ovación. Este fue, pues, su estreno como orador político.

Para celebrar el 20 de Julio de 1893, el Gobernador del Cauca abrió un concurso con tres temas. Valencia concurrió al certamen y obtuvo la medalla de oro correspondiente al primero, *Biografía de Don Joaquín Mosquera*. El Obispo Don Juan Buenaventura Ortiz, escritor galano y orador elocuentísimo, pronunció una oración en elogio de dicha pieza, así como del discurso académico, mencionado anteriormente, escribiendo, además, un estudio crítico acerca de este último.

Poco después terminó Valencia sus estudios de abogado, pero no se graduó. Sin embargo, posteriormente la Universidad del Cauca le concedió el diploma de «Doctor en Filosofía y Letras».

Intenté dar un nuevo giro a la conversación, iniciando una serie de preguntas:

—¿Cuál prefiere usted de los clásicos latinos?

—Julio César, nos responde sin vacilar.

Su latín es elegantísimo. Admiro a Horacio y me gusta mucho el latín en que está escrita, por ejemplo, su *Epístola a los Pisones*. Algunos alaban a Tácito, como estilista, pero yo encuentro que abusa demasiado de la elipsis y que es oscuro. Decididamente, no hay latín como el de *Los comentarios*. Además, Cicerón considera a César como el mejor de los oradores de su tiempo. Confirma este aserto leyendo la página que aquél dedica a los discursos de César, y agrega: otros ilustres contemporáneos opinaban lo mismo. Julio César es uno de los genios más grandes que ha producido la humanidad.

—¿Cuáles son para usted los mejores prosistas castellanos?

—Jovellanos, Luis de Granada, Juan de Mariana y Baltasar Gracián.

—¿Y de los franceses?

—Voltaire, Renán y Teófilo Gautier.

—¿De los poetas castellanos contemporáneos, a cuál admira usted más?

—A Rubén Darío. Una de sus composiciones que más me gusta es aquella que principia: «Era un aire suave, de pausados giros». Hay en ella una estrofa divina:

*La marquesa Eulalia risas y desvíos  
daba a un tiempo mismo para dos rivales,  
el vizconde rubio de los desafíos  
y el abate joven de los madrígales.*

Y agrega:

—En ese cuarteto está encerrado todo el Siglo XVIII...

—¿Cuál fué su primera composición poética?

—El soneto titulado *Decadencia*, que aparece en *Ritos*, junto otras poesías escritas del 97 al 98. Después, *Ovidio en Tome*; la tercera *Cigüeñas Blancas*; la cuarta el soneto *Esfinge*.

No resisto a la tentación de insertar aquí el soneto con que Valencia hizo su aparición en los dominios de Apolo:

### Decadencia

*En el paterno muro, condenada  
de avaro olvido a la venganza muda,  
al cordón polvoriento que la anuda  
se enreda la panoptia abandonada.*

*Largo reposo aletargó la espada  
y el casco viejo de cimera ruda;  
lima el tiempo la daga que, desnuda,  
contuvo al paladín de sien crinada.*

*¡Pasó la noble estirpe! El hijo enclenque  
trueca en establos lo que fue palenque,  
las hojas de Damasco en asadores,*

*y ve impasible—pues luchar no pudo—  
caer deshecho el abollado escudo  
del orin a los tajos vencedores!*

—¿Cuál es el que ama más de sus poemas, o el que considera mejor?

—*San Antonio y el Centauro*. Lo escribí bajo la inspiración de una lectura en latín de la vida de San Pablo Eremita, por San Jerónimo. Desde el punto de vista del concepto ese poema trató de esbozar un paralelo entre la belleza estética del mundo pagano, con sus divinidades, sus héroes y el culto voluptuoso de las formas, frente al fundador del cristianismo y a la grandeza ética de éste. El léxico es escogido, abundante en imágenes que aspiran a la plasticidad y en muchos de cuyos pasajes, con un mínimum de recursos idiomáticos se ha tratado de producir una vasta emoción sosegada.

—¿Tardó mucho en escribirlo hasta obtener la forma definitiva?

—Dos mañanas, hasta donde dice: «Un dios más bello muestra que Apolo y Cite-rea!». El resto, en ocho mañanas.

—¿Crée haber logrado la verdadera finalidad del poema?

—Sí creo.



—¿Hacer más adorable a Grecia?

—No, a Cristo.

Ambos sonreímos, y continué interrogándolo:

—¿Y después de *San Antonio y el Centauro*?

—El canto *A Popayán*. Por varias razones: por la profunda emoción con que fué escrito, como homenaje a la ciudad natal. Quise cantar sus glorias valiéndome de ritmos clásicos, de los mismos con que Horacio entonó su canto secular a la grandeza del pueblo romano. La escogencia de este metro, el exámetro, era de suyo un compromiso, que aparejaba grandes dificultades por razones técnicas en la vida fonética de las dos lenguas, como por la escasez de sílabas breves en la castellana. Para evitar la sequedad inherente a la falta de consonantes regulares, apelé al agudo de dos sílabas, que en el léxico poético aprovechable es muy limitado también. El esfuerzo sintético para captar en formas precisas, obligadas y breves, los atributos físicos y morales de la ciudad cantada. El empeño constante que anima todo el canto porque éste se mantenga en una atmósfera de elevación y soberbia grandeza.

El Maestro continúa haciendo la crítica de sus propios poemas. Procuero refrenar mi curiosidad para no interrumpirlo.

—En mi primer poema, *Cigüeñas blancas*, me propuse hacer una visión simbolista, a vuelo de pájaro, de muchos tópicos que habían inquietado mi espíritu. En ese poema la unidad, lo mismo que en el vuelo del ave, reside en la continuidad del impulso impelente, y no en el desarrollo cronológico, o en la colocación ordenada y metódica de los conceptos, de la propia manera que el aviador desenvuelve intensiva y extensivamente su itinerario aéreo, que le permite hacer la síntesis desde las alturas de la variedad e incongruencia de los paisajes que contempla al pasar. Esto para explicar la falta de concatenación y de unidad de la visión de que algunos filisteos han tachado al poema.

Me hace notar también la justeza y la riqueza de las imágenes dentro de la tiránica acentuación y limitación de las estrofas.

Como el Maestro no demostrara ninguna preferencia por su poema *Los camellos*, me permití observar que Fitz Maurice Kelly, eminente profesor de literatura castellana en la Universidad de Oxford, había hecho un fervoroso elogio de la perfección formal de ese poema, llegando hasta decir que en la más bella de las poesías de Oscar Wilde no había ni la mitad de la exquisitez verbal que en *Los camellos*. Me dijo que, en efecto, Sanín Cano le había escrito de Londres hablándole de ese concepto altísimo por venir de una grande autoridad en asuntos de nuestra literatura española, y agregó luego:

—Mi orientación literaria la debo a Sanín Cano. El me enseñó mucho, mucho más de lo que se puede imaginar. Sanín Cano es un fecundador de cerebros. Es un grande amigo mío; es la lealtad hecha hombre!

Decía esto con cierta emoción, como cuando recordaba la influencia que sus padres habían tenido en su vocación literaria: con profunda convicción y bajo el influjo de un sentimiento de gratitud manifiesta. Fueron las dos únicas veces que observé emoción en él, pues los rasgos característicos de su temperamento son la ponderación y la ecuanimidad. Hasta en su vida es un parnasiano. Parece que tuviera instintivo horror al énfasis. En las conversaciones que he tenido con él, tanto en la tranquilidad sonriente de sus campos de *Belalcázar*, como en su biblioteca de Popayán, solos, o en presencia de otras personas, he observado que Guillermo Valencia no recurre a ninguna de las precauciones habituales en la conversación para cautivar la atención de sus interlocutores. Por lo contrario, parece

que las evitara adrede. Su tono de voz es siempre bajo y suave. Esto podría atribuirse tanto a su refinamiento espiritual y social como a la costumbre de ser escuchado con vivo interés, casi con devoción por todo el mundo. Acontece con frecuencia que dice con una absoluta naturalidad conceptos originales y hondos, frases bellas o ironías sutiles, que a veces suelen tomar desprevenidos a sus oyentes, a fuerza de la misma sencillez con que son dichos.

De ahí la dificultad para reconstruir ahora esta conversación de hace varios meses. Ese escollo no es, sin embargo, el único ni siquiera el principal. Al releer lo escrito tengo la certidumbre de que sólo una mínima parte he podido traer a él del caudal de información y de doctrina estética que escuché entonces de labios del Maestro. Queda, sí, el aporte de algunos datos inéditos para una biografía interesantísima que está por escribirse.

Camilo Cruz Santos

## Del poliedro de América

Los Institutos Internacionales de Estados Unidos del Norte, son una rama transplantada y por hoy más o menos independiente de la *Young Women Christian Association* (Asociación de Jóvenes Cristianas.) Estos Institutos tienden a separarse y a crecer desligados de la influencia de las Iglesias Protestantes.

El propósito de los Institutos es ayudar en todas sus dificultades y hacer simpática la vida y costumbres de este país a los extranjeros que por razones religiosas o patrióticas no se acercan a otras instituciones de marcada tendencia sectaria o de americanización. La acción de los Institutos es de servicio y están procurando tener trabajadoras sociales de nacionalidad extranjera, para que se entiendan directamente con todos los casos relacionados con la gente de su raza y de su idioma. Los Institutos están relacionados en la ciudad donde radican con todas las instituciones o agencias públicas y privadas, de educación y beneficencia.

Después de conferenciar con la Directora y con las Inspectoras del Instituto de esta ciudad para entender mi trabajo, me dispuse a entrevistar a los cónsules de los países de habla española. Tomé el directorio: Consulados... Argentina, Colombia, Costa Rica, Chile, Cuba, Guatemala, México, Nicaragua, España, Venezuela. Entrevisto al Cónsul de España, al de México. El despacho del de Cuba está cerrado a la hora señalada para oficina, volveré después. El Cónsul de Venezuela está de vacaciones. Los otros Consulados figuran como tales en el directorio, pero se me informa que son puestos de honor concedidos por los Gobiernos respectivos. La mayor parte de ellos están refundidos en la Cámara de Comercio de San Louis Mo. y en manos de hombres de negocios Norte Americanos.

Me pregunto a solas lo que esto significa. Caigo a la cuenta de que el comercio de exportación e importación de los países que tal representación tienen no está en manos de sus nacionales. Me lo confirman así el funcionamiento de las Compañías fruterías, cafeteras, etc.

Los Institutos económicamente son de este país exclusivamente. Funcionalmente trabajan con más liberalidad que el Congreso Pan-Americano de la Habana, por ejemplo. Los que en ellos trabajamos recibimos nuestro salario de la Junta de Bienestar de la Comunidad de la Ciudad. Sabemos de sobra que es un medio de servir a los nuestros fuera de casa, cuando allí no pueden estar ni ellos ni nosotros. ¿Razones? Diversas: Italia, Alemania... porque si no echan fuera ciento cincuenta o doscientos mil habitantes cada año, la sobre población creará situaciones tan miserables que la tierra no al-

canzará a producir el sustento de las gentes. Otros países, como México; porque la falta de Gobierno orgánico y con una buena dosis de justicia, no permite que la vida y el trabajo honrado se respeten de modo que la riqueza humana que produce la otra, se conserve allí, haciendo prosperar el propio predio.

Las realidades dolorosas. La falta de unidad y de plan me hacen pensar en el heroísmo individual de Sandino y los suyos...

Recuerdo, viendo mis notas, una frase que me chocó en boca de un ilustre amigo mío. «La mujer no tiene influencia sobre los hombres de primera. El hombre no abandona ningún plan por una sugestión de mujer, así sea la que más le interese.»

Bien, me digo. Esos nuestros hombres de primera (casi todos se juzgan así) tenderán el plan de ceder la tierra y la mujer a los hombres que conocen el valor de la una y no se desdennan de sentir la influencia de la otra?

La tierra se deja explotar fácilmente junta con sus hombres de segunda, de tercera... pero que viven apegados a ella. Las mujeres tienen aún la vergüenza de aceptar que se les considere mejor entre extraños, pero pierden la fe en los suyos. ¿Despertarán los hombres que no se consideran de primera? Ya se elevarían a ser los primeros si salvaran el futuro.

¿La actitud de Sandino y los suyos los hará pensar no sólo en el ardimiento de la lucha armada, heroico, enorme: pero a la postre inútil si no lo respalda un encauzamiento mental que lo lleve a salvar la riqueza de hacer suyo el suelo que pisan y con ella la seguridad del bienestar de su hogar? Pero eso se hace sólo cuando la tierra se considera con valor por sí misma y la influencia de la mujer porque es criatura humana de quien el hombre no se atreve a renegar.

Sigo luego pensando en los Consulados. ¿Porque no hay en esta ciudad un representante consular que represente los intereses comerciales de todos los países que no pueden sostener oficina individual? ¿Por qué no solicitan que los represente el Cónsul de España, o cualquiera de otro país de habla española que tenga oficina establecida?

¿Quiénes son los Ministros de Relaciones Exteriores? ¿Han estudiado bastante Economía Política? ¿Están informados de los manejos del comercio internacional? ¿Estiman suficiente el valor de la tierra de su patria y el del trabajo de sus compatriotas?

Pienso en lo rápido que cambiaría la situación si en vez de muchos gritos tuviéramos buen sistema y la justicia indispensable para asegurar la vida y el trabajo de todos.

Elena Torres

San Louis Mo. Estados Unidos del Norte, Stbre. de 1928.



UNA DE LAS ESPAÑAS

# Venezuela

=De Revista de las Españas. Madrid=



TRAIGO, hace ocho meses, a Venezuela sobre el labio. Colmado de casticismo, bajo aquellos palmares, me empecé un bigote español en la faz vizcaína. Revestimos, si os place, a una de las Españas más española, a la España trasmarina que me ganó a la causa capilar de los grandes Felipes.

El trasatlántico es uno de los hoteles de Madrid disparado sobre las aguas. Por las alturas antillanas, hay un pasaje en el jardín oceánico que brinca como reloj que salta en piezas, en peces voladores. Tal una orgía de resortes. Aparece Cuba, la isla ardorosa, bajo la gran nevada de la nieve tropical de su cal y sus driles. Es el pórtico de Venezuela.

Entre los báculos de unas palmeras, en las montañas obispales, el primer caserío del país viejo y originario, el puerto de la Guaira. Sobre los ribazos, un friso de niños desnudos de enjuta canela. Es, en menudo, el Cádiz de los antipodas. Empieza a mostrarnos su alarde civilizado, de nación joven la carretera, con suavidades deliciosas de asfalto. Pero, ¿qué es esto? ¿A qué viejos amigos reconocemos al paso? Topamos con el afilador hispano, con su rueda única, como la raza española. Damos con los limpiabotas, que piruetean con el cepillo en la mano entre dos charoladuras. Hallamos, finalmente, a las mulas en los carros de casta que enhiestan sus orejas a la explosión de los dicterios de Castilla. Huellan las veredas con su trote las asnillas del Puente de Toledo. No hay corona, no hay corona en el cielo. Pero los suelos han quedado llenos de hermandades entrañables.

Al pie de unos Pirineos tropicales, la recogida, típica y añeja ciudad de Caracas vocinglea el coro de ocas de sus autos. Por los edificios de la capital late un mismo corazón arquitectónico. Caracas, cuna de novedades, presenta un primer semblante tradicional y reposado. Toda Caracas está dicha en octosílabos de cal que riman portones y rejas. Las sobrepuestas de los espaciosos umbrales se adornan con relieves del xviii monárquico; entre ellos, algunos blasones. Dentro, los patios se hundan tan hondo en la tradición mediterránea que desbordando la filiación andaluza, se entroncan con los interiores pompeyanos. Trasiéga, por entre sus columnas, el ébano sirviente de la casa. No obstante las mezclillas de las revoluciones, la raza dominadora es la blanca de la Corona, con vivos resabios en secreto de su hidalguía. En el senado de los teatros, en los cónclaves de las reuniones mundanas, apenas se dibujan otros perfiles que los de España. Mas bastantes de la bandada tradicional, aposados en Venezuela desde la popa de las carabelas, no han podido sostener el vuelo dominante, cayendo en pobreza. Mantienen algo, que es valioso en las regiones del aire, y es el rango. Existe en Caracas, la republicana, una moral de consideración hacia el origen. Doncellas y señoras de hogares elegidos cosen para fuera y condimentan dulces con miras de provecho. En parte, la riqueza, el poder, se trasladó al mundo de la piel café con leche. La ética social, a pesar de ello, reserva los mejores salones para la familia blanca. En este sentido, una de las tantas frases geniales del General Presidente, Excmo. Sr. D. Juan Vicente Gómez, ilumina la realidad venezolana: «De mi color para arriba—decía el gran Jefe, rascándose con el índice la mejilla—, ya nadie trabaja. En cuanto a los rubios, esos son todos millonarios.» Así se expresarían los hispanorromanos entre los visigodos. La escala de valores mundanos sube, pues, en Venezuela, según una gama cutánea que va del ébano al alabastro.

En las mansiones palaciegas de los un día marqueses caraqueños de la Monarquía, resoplan actualmente los rotativos de la prensa. Son los hipopótamos de la demo-

cracia. Donde se pellizcaban las cajas de rapé y se inclinaban con ceremonia las pelucas blancas, unos excelentes muchachos, en mangas de camisa, componen a diario las galeradas republicanas. Desde los baluartes de la tradición del antiguo Imperio se aventan cada noche, para asomar al sol cada mañana, el credo ilustrado de la nivelación humana. Ya salen los diarios con los primeros parpadeos solares. La misión liberal y democrática se esparce hacia los cuatro puntos cardinales en las alas blancas de los periódicos. Pero a la luz del mismo sol, en tanto que asoman los diarios, realizan su aparición las primeras organizaciones españolas de la conquista. Hacen acorde al vocear de los periódicos los tintineos de las cantimploras de los lecheros. Los lecheros cabalgan la ciudad con la leche a caballo, de igual suerte que los panaderos, quienes van con el pan en las cabalgaduras de los conquistadores. Así los vería transitar, sin duda, el fundador de Santiago de León de Caracas, D. Diego de Losada. Sobre los trajes blancos elevan, panaderos y lecheros, el sombrero negro, rigurosamente de días de la Casa de Austria. Y sobre la ciudad revolucionaria entera aun sigue el Ayuntamiento luciendo por emblema la espadilla púrpura de Santiago, igual que el tórax de un caballero cruzado.

El embrión de Venezuela fué engendrado por el Mediodía de España. La fundación se llamó la Nueva Andalucía. Con tal rótulo se saluda el desembarco en este suelo del primer español, D. Alonso de Ojeda, el año de 1499. Por los pilotes de la edificación lacustre de los indios bautizóle el explorador, sensible a la semejanza veneciana, con el nombre de Venezuela, la pequeña Venecia. Desde entonces esta bonita palabra, que despierta el recuerdo de las góndolas y conduce al Dux rojo, a orillas del Mar Caribe, designa al país, compuesto por una cordillera al Norte, fresca, con remansos violetas y eminencias habitables para la raza blanca, desde las que se otea un océano deslumbrante, en parques de dulces sombras. A las plantas del relieve se abre la sábana de una llanura sin orillas. Avanzando en ella, los blancos nos asfixiamos, como el pez fuera de su elemento. Cabalgan y cantan en esas pampas venezolanas los llaneros. Con sus jineteos enriquecen el Romancero universal de Hispania.

Las agujas del tiempo están detenidas en los pueblos de Venezuela. Bracean aún

en el cuadrante hispano. Bajo las torres provincianas, las charangas esparcen, en los paseos, nuestros taurinos compases. Es la música de la casta. En la música, Venezuela hace la cincuentaava provincia de las cuarenta y nueve que tiene España. Circulan los gentíos en filas que se friccionan con las miradas. Un toro ensogado se corre por las calles en las tardes ferriadas. Consuman proezas los mozos con una chaqueta ante las astas. Los brazos de Felipe II, alargados verticalmente en las rejas de las ventanas, apartan hacia el interior a las floridas doncellas. Los ojos se les quedan colgados de los adolescentes. Un abrumador cielo teológico pesa sobre la carne. A pesar de las estampas y los artículos emancipados de la prensa de la capital, hay, bajo las tejas abarquilladas de las mansiones, una plúmbea resistencia a las amenidades. Detrás de ningún alféizar del mundo he vivido una tristeza más española que la de Venezuela. Cada hogar es roquero. Las emancipaciones no han prendido sino en vegetaciones de papel impreso. Las cosas materiales son incómodas, rudas. Un Séneca viejo y enfurruñado parece haber mezclado sus huesos con la cal de las habitaciones. Ventaneando fuera de la casa austera y senequista, parece que, a dos dedos de todos aquellos hogares de provincia venezolanos, se ensalza El Escorial, despótico y ceñudo para las sonrisas del sentido. ¡Voces, voces, resonancias de asamblea han levantado los ilustres varones solos, en los cónclaves revolucionarios de América! En verdad, por debajo de esas meras resonancias, siguen formando un bloque compacto las aglomeraciones hispánicas en el mundo, en cuanto hay mujeres y niños. Poned una mujer y un niño entre los descomunales libertarios de las asambleas emancipadas de América y, repentinamente, el senado doctrinal se reincorpora a la emoción tradicional de la vida de España. Es que en el aire familiar de Venezuela perduran los rigores de dominicos y jesuitas. El bando amante del vestuario y el mobiliario contemporáneo abre, con frecuencia, esta puerta de cuarterones del siglo xviii español, que clausura el vivir recogido de Venezuela. Se fugan hacia las amenidades extranjeras. Soportan la larga estancia en su Patria como ánimas del purgatorio, elevando los ojos al celeste París, al que se asciende por el escapulario de unos cheques.

¿Hay alguien que no sepa cuál es la producción de Venezuela? Otros os dirán que es la del cacao. Habrá quien os asegure que actualmente es la del petróleo. Permitid que os caracterice la producción de Venezuela como la de grandes hombres. A raíz del último resplandor de la cultura de los reyes en América, enzalzó este país una alta llamada universalista. Fué cuna de Bolívar, de Sucre, de Andrés Bello. En su nacimiento, Venezuela es el cañón y el púlpito de América.

Nada se improvisa en el mundo. Menos que todo, la primacía de un pueblo. ¿Qué preparó, durante el siglo xviii, la fulguración de Venezuela sobre el Continente a principios del siglo xix? La regeneración borbónica, que va de Don Felipe V a Don Carlos III. Eso originó la primacía de Venezuela en la emancipación de América. Visitemos, muy de prisa, con piernas de galgo, los dos estilos tradicionales de la Monarquía universal hispana.

Simbolizan ambos estilos el Ave y la Planta. La primera, de los Austrias, el Ave; la segunda, de los Borbones, la Planta. Con el Ave imperó la moral de la busca de oro, de las hazañas y la comezón andariega de los rebaños. Venezuela, en días del Ave, fué provincia oscura, desapercibida. Con la Planta arraiga el ensayo de la moral agricultora, la moral mercante. Sustituye el Lirio al Azor en los frontispicios de todas



las provincias del Imperio. La sustitución es particularmente interesante para Venezuela. El sueño de la perfección de los primeros días de la Planta fué crear una España holandesa. Donde ello resalta es en el país del Mar Caribe. Para explotar su cacao, hasta entonces en las manos hacendosas de los holandeses, se montó una de las más perfectas compañías de la historia hispana: la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Entregóse a la Real Empresa el monopolio de la navegación y el cultivo del país durante el largo plazo que va de los reinados de Felipe V. a Carlos IV. La semilla que dejó caer la Real Compañía sobre el suelo de Venezuela fué el europeísmo. Detrás de los Bancos están los altares; a la zaga de los mostradores, las banderas. El lucro tiene casi siempre al fondo un estado de espíritu. De la suerte que la Compañía Trasatlántica de Navegación Española ha sido una filial del Vaticano, la Real Compañía fué un corredor marítimo de la Enciclopedia. Navíos de Ilustración he llamado a sus barcos. El ideal de civilización comenzó a alborear en las pelucas blancas. No sólo la riqueza agrícola, sino la de ideas, tiene en Venezuela, por orígenes y fuentes, las gestiones de la Real Compañía de Caracas (1).

A bastantes finuras ilustradas de los grandes espíritus venezolanos abanicaron las velas de los navíos ilustrados. Si Venezuela es la directora moral y militar de la emancipación americana, ello se debe a que operó activamente el estilo borbónico en los valles del cacao caraqueño. Los enciclopedistas, las ideas de ilustración, las luces, fueron la Biblia de consulta de la dirección hispánica desde Aranda hasta Urquijo. Este ideario del XVIII yace por bajo del genio de Bolívar. Cuando ese ideal fenece en las directivas hispanas por malogro del carlotercismo, es un genial provinciano, el glorioso hijo de los valles del cacao, Bolívar, quien pone su vida al tablero por salvarlo de la derrota peninsular y conducirlo al triunfo y la eficacia en las provincias americanas.

Bolívar no desea otra cosa, conforme al ideal del XVIII, sino hacer habituales las ciencias y las artes a los americanos españoles. Las viejas raíces quizá malograron el ideal en el solar de la Península: había que salvar, al menos, el ideal en América. Desea Bolívar una raza española estremecida por las actividades de los extranjeros. Aludiendo a la inclinación medieval que priva a la casta vivir plenamente el latido contemporáneo, fulgura entonces su frase que ilumina nuestro destino en una viñeta trágica: «somos la corza herida que lleva su mal clavado en la entraña».

El Cid liberal de América, creyó en sus mocedades heroicas, que con los zarandeos políticos se podía arrancar la saeta del mal hispano del flanco herido. ¿Quedó libre del dardo la corza boliviana al revolcarse en las revoluciones? En rigor, no, no quedó libre. El mundo ha sido lanzado a una dirección ajena a la impulsión católica, con la que rubricó el planeta la casta española. Modernidad quiere decir substancia segregada por los rivales del empuje católico. La saeta que nos empurpura el flanco según la indicación de Bolívar, no es sino el desamor tradicional a las puras actividades mundanas. Adoró nuestra raza al Dios universal, y al ser invitada ahora, por los rivales triunfantes, a adorar la radiotelefonía y el maquinismo, siente la amargura de prosternarse ante diosillos términos. Tuvimos presente al Dios de Jerusalem y apenas acertamos, a la sazón, a encarnarnos con mojonos fenicios. Sin embargo, no nos queda otra opción que trasladar el temblor fanático, el latido vehemente, el trémolo religioso, al servicio de las fuerzas nuevas.

(1) Véase en la librería de Beltrán, calle del Príncipe, Madrid, mi libro: *Navíos de la Ilustración*.

Venezuela ha producido, a finales del siglo XVIII, un plantel admirable de personalidades. En la hora innovadora de América desempeñó papel directivo y sobresaliente. Absorbiendo la cultura de los reyes, pasaron los espíritus del Mar Rojo de la revolución, para encaminarse a la nueva tierra de la civilización de los presidentes. Entonces se apaga en Venezuela el momentáneo cabrillo universalista. A medida que la Ilustración cala en sangres jóvenes, Venezuela cierra las valvas, se provincializa, se localiza, hasta desembocar en el presente, en que carece de interés y reverberación externas. De la fulguración ecuménica retrocede en un proceso de hermetismo. Un divagar de Quijotes hizo del país el más desgraciado del Globo. Canes vagabundos dentellaron miembros descuartizados en más de ochenta revoluciones. A la sazón no suena por los palmares sino la voz llana de Sancho. Venezuela se ha sumergido en el túnel de la reconstrucción interna. Las piquetas del General D. Juan Vicente Gómez muerden afanosamente el terreno.

Puños venezolanos fracturaron la montera de cristal del Imperio. La Corona ya no ciñe las sienas del Atlántico. Pero la misma elipse que traza lo ecuménico hispano en el planeta va del Pirineo a Filipinas. Sacrificamos a la democracia. No es posible refundir tiaras imperiales. Asestemos una lanzada democrática, que bien puede ser un neologismo, para herir a tantos meridianos fraternales del Globo. Esa palabra, que pudiera ser la Sobrespaña, sería el domo que cerrara cupularmente a las Españas.

Dentro de esa elipse ecuménica de lo hispano en el Globo, que llamamos la Sobrespaña, hay un pueblo que guarda amorosamente el Arca de las memorias de Bolívar. Bolívar es aquel sol de hombre que lanzó a la creación española más allá de los estilos tradicionales del Ave y la Planta. Mediante el gran sarcófago, la España de Venezuela está siempre presente a las demás Españas. De las cenizas de Bolívar, en el panteón de Caracas, ha de brotar más de una llamarada. El alabastro que conmemora sus despojos recibirá, en el curso del tiempo, varios y numerosos cortejos. Las ataduras de algún nuevo estilo producirán bellos discursos sobre la huesa boliviana. Mi mismo ideal de la Sobrespaña nació a esa sombra. Vagando en vecindad del osario en que está el Cid de América, me decía: «Son cien millones de rusos de Oriente. Seremos cien millones de sobrespañoles de Occidente».

El estímulo forastero llama a las puertas de Venezuela. No es otro que la nueva presión económica de los Estados Unidos. Musical y verbalmente, los venezolanos están unidos de corazón a la España de la Península. Por razones de hacienda, Venezuela gravita, cada vez más, hacia los Estados Unidos. Ello no tiene remedio. A la economía han transportado los norteamericanos un respiro vehemente y casi religioso. Los relacionados hace unos años con la Kultur germana, al sentirse absorbidos, penetraban en una arquitectura del mundo de bóvedas imperiosas. Así, está ocurriendo ahora con los que frecuentan mercantilmente a los Estados Unidos. La economía norteamericana tiene algo de alcohol ardiente, que produce vapores imperiales.

Destaquemos, a ojos del lector, una afirmación exacta. Los valores de España, que son en Venezuela huesos de sus huesos, carne de su carne, están reducidos a significación meramente pintoresca. Sirven para las verbenas. Levanta ventoleras de enojo, en algunos castizos y tradicionales, la presión estadounidense. Lo discreto en esta nueva circunstancia histórica que se está creando es abrir los ojos. Actualmente, para el hispanismo la capital más interesante es Washington. A los rivales hay que envol-

verlos en miradas atentas. La gimnasia económica de Norteamérica, que tan bellos bíceps ha creado al joven pueblo, es el mejor estímulo al cultivo de nuestra musculatura.

Venezuela es una España rapaza, una España mozuela. En Navidades huele el aire a primavera. Los corpulentos árboles ofrecen en sus copas la ternura pueril de las matas de Europa; es decir, se endulzan hasta tener flores. Bajo las ramas, sonrientes, las enmantilladas taconeán por las calles cada mañana. Ciñe sus rostros el velo empapado en Cristo, el cendal pio. La guitarra castiza penetra hasta lo más hondo de los cafetales. Los circos gallísticos son colmados vasos de sangre hispana.

Para acentuar lo típico, finalmente, Venezuela es una Andalucía vizcaina. Muchos hombres de la cumbre venezolana suenan las ásperas voces de la toponimia del Pirineo vasconce. Circulan copiosamente los apellidos Urdueta, Ibarra, Zuloaga, Eraso. Son el poso que dejaron sobre el lugar los navíos de la Real Compañía Guipuzcoana. Entre rostros de Córdoba, de Sevilla, se dibuja, en el país de Bolívar, la línea facial de la cordillera que encabeza el Norte de la Península. El perfil mismo de Bolívar es un relieve, en miniatura, del Pirineo.

Ramón de Basterra

## Estante de Libros

Obras del célebre naturalista J. H. FABRE que le ofrecemos:

<i>Los auxiliares</i> .....	3.50
<i>Maravillas del instinto en los insectos</i> .....	3.50
<i>La vida de los insectos</i> .....	3.50
<i>Costumbres de los insectos</i> .....	3.50
<i>Los destructores</i> .....	3.50

Novelas de GABRIEL MIRÓ que debe usted leer.

<i>Libro de Sigüenza</i> .....	3.50
<i>Años y leguas</i> .....	3.50
<i>La novela de mi amigo</i> .....	3.50
<i>Las cerezas del cementerio</i> .....	3.50
<i>Del vivir, Corpus y otros cuentos</i> .....	3.50

Obras de H. G. WELLS que le ofrecemos al curioso lector:

<i>El Mundo de William Clissold</i> .....	4.50
<i>Los rincones secretos del corazón</i> .....	3.50
<i>El alma de un obispo</i> .....	3.50
<i>La dama del mar</i> .....	3.50
<i>El mundo se liberta</i> .....	3.50
<i>Doce historias y un sueño</i> .....	3.50
<i>El nuevo Maquiavelo</i> .....	4.50
<i>El padre de Cristina Alberta</i> .....	3.50
<i>Los hombres dioses</i> .....	3.50
<i>La esposa de Sir Isaac Harman</i> .....	4.50
<i>Breve Historia del Mundo</i> .....	7.00

Obras de BERNARD SHAW. Señale la que le interesa adquirir:

<i>Santa Juana</i> .....	3.50
<i>Pigmalión</i> .....	3.50
<i>El Dilema del Doctor</i> .....	5.00
<i>Matrimonio desigual</i> .....	5.00
<i>Volviendo a Matusalén</i> .....	4.50
<i>La casa de las penas</i> .....	5.00
<i>Tres comedias para puritanos</i> .....	4.50
<i>Comedias agradables</i> .....	4.50
<i>La otra isla de John Buel</i> .....	4.50

Otros libros de Aventuras para sus hijos, o alumnos:

Wyss: <i>Robinson Suizo</i> .....	3.00
Mark Twain: <i>Las aventuras de Tom Sawyer</i> .....	3.00
Defoe: <i>Robinson Crusoe</i> . 2 vls. ....	6.00
Swift: <i>Viajes de Gulliver</i> .....	3.00



# Página lírica

## del Presbítero A. H. Pallais

(Enviada por el autor al *Rep. Am.*)

### Balada primera del que oía y oía y oía y nunca quería dejar de oír el Minuet de Paderewski

¡Hermanos míos todos,  
regocijaos conmigo!

Tú, ciervo asustadizo  
que huyes de tu misma sombra,  
ciervo de Arévalo Martínez, que tiemblas  
y tiemblas y tiemblas con miedo cerval.

Y tú, cabra, princesa  
de juegos peligrosos  
y locas aventuras  
y fiestas de circo,  
para las ingenuas almas primitivas.

Y tú, ojo de agua, también  
tú, que me recuerdas  
el «vuelve a nosotros esos tus ojos»  
de la divina Salve.

Ojo de agua que miras  
y miras y miras,  
con ojos piadosos, mucho más piadosos,  
que los cèlebrados,  
en el mañanero fresco madrigal,  
que mira con ojos claros y serenos.

Y tú, danza,  
dulce palomita,  
de las ocarinas y de las marimbas,  
y de la guitarra,  
—niña doceañera con los pies descalzos,  
niña doceañera de cabellos sueltos—,  
y de la guitarra que mariposea,  
y corta las rosas en juegos de *re*,  
y exprime las uvas en bailes de *la*.

Y tú, danza,  
dulce palomita de los violoncelos,  
voz de árbol mojada,  
silencio nervioso de las hojas verdes  
que hablas en voz baja,  
tan baja, que oímos, sube de la tierra,  
la misa solemne cantada del mar.

Danza gregoriana,  
y benedictina,  
ven, a beber vino  
puro d'alegría,  
pues, en el teclado con divinas manos  
juega Paderewski.

Y tú, estrella,  
estrella mía que estás tan lejos  
de Rubén,  
Lega de la estrellas,  
Clarisa,  
que miras, con miradas de Dios, en tus miradas,  
ven, pues Paderewski gotea la canción  
de todos los hermanos de mi constelación.

Y tú, mar,  
Mar Ruidos sin nombre,

mar de las mil noches y de los mil días,  
libro de San Pablo, gloria de Simbad,  
dorado racimo de uvas predilectas  
que tuvo en sus manos Cristóbal Colón,  
mar hospitalario, mar de los piratas,  
mar de golfo dulce, mar de las tormentas,  
Rojo, Blanco, Negro, Azul, Amarillo,  
Mar Desmesurada Boca, tiburón  
que tragas y nunca dejas de tragar.....

Tú, mar, más que nadie,  
pues, eres  
nuestro desdoblado corazón de afuera  
que canta sus misas en el caracol.

Tú, mar, más que nadie,  
pues, eres  
un órgano para tocar el *Minuet*  
de Dios.

Tú, mar, más que nadie,  
pues, eres  
capilla sextina  
y escuela *cantorum*, cantando a tres voces,  
solemne, solemne, solemne la misa  
de las hojas verdes de los violoncelos,  
de las ocarinas y de las marimbas,  
y de las guitarras, ardillas traviesas,  
que juegan y juegan en días de *re*,  
que bailan y bailan en noches de *la*.

Tú, mar, más que nadie,  
pues, eres  
masculino, femenino, neutro,  
epiceno, común y ambiguo,  
ven a beber vino  
puro d'alegría,  
pues, en el teclado, con divinas manos  
juega Paderewski

### Balada segunda del que oía, y oía y oía y nunca quería dejar de oír el Minuet de Paderewski

¡Hermanos míos todos  
regocijaos conmigo!

Oyes? Blanca Nieve, también el oído  
tiene sus espejos. Visión Milagrosa.  
Toca Paderewski. Y oyéndolo, vemos a Dios cara a cara.

Oyes, Blanca Nieve!  
Es Caperucita  
niña tan pequeña, que no sabe cómo  
dejar su carrera tras las mariposas.  
Oye, Primorosa,  
¡que oyeras! ¡que oyeras!, sólo así podrías  
librarte del lobo.

Y Bella Durmiente? Por fin ya sabemos  
cual es el encanto de vivir dormido.  
Juegue Paderewski, juegue con sus manos,  
y Bella Durmiente serás, alma mía.  
Pasó la calumnia? Pasó la blasfemia?  
Quién sabe, durmiendo bajo el dulce encanto  
del sueño, goteas, vida tu canción



Por aquí pasaron Calles Siete Perros,  
y un tal Vargas Vila, pero yo, dormido,  
tuve la suprema dicha de no verlos.  
Durmiente, mis ojos, por estar cerrados,  
ahora son dignos de aquel madrigal  
de los ojos puros,  
claros y serenos.

Y tú Francis James, este Paderewski  
traza con sus dedos círculos hermanos  
de los versos tuyos. ¡Oímos!, ¡oímos!,  
y estamos oyendo tus versos modernos.  
Leemos, leemos, y estamos leyendo  
la evangelizada canción del Minuet.

Y tú Pallais, cuyos versos son camino  
para mis deseos, después de las lluvias,  
oye, Paderewski, en la voz más baja,  
silenciosamente,  
gotea, gotea....  
Y oyéndolo, somos  
dormidos hermanos de Bella Durmiente,  
dormidos hermanos de Bella Durmiente.

**Balada tercera del que oía y oía y oía y nunca  
quería dejar de oír el Minuet de Paderewski**

Oyendo, qué gloria  
para las oídos!  
Y también qué deuda  
la más impagable!

Dios mío, quisiera ser lengua de fuego,  
para, siete veces, cantar la suprema  
dicha de los ojos y de los oídos,  
del pie, de la mano, y d'esta mi boca  
que ahora t'alaba diciendo: quisiera  
ser lengua de fuego vibrador, quisiera  
vivir celebrando tu doxología,  
tu gloria, Dios mío, tu gloria, tu gloria.

Oyendo, soy libre  
pájaro que vuela,  
que vuela, que vuela...

Es música ésta  
la más voladora  
de todas. Oyendo,

pasan en bandadas,  
pasan las palomas,  
kyrie, kyrie, kyrie,  
en inimitables sonidos, turr, turr...

Los aeroplanos,  
y los corazones  
en inimitables sonidos, turr, turr...

Solemne, solemne, solemne la misa  
de las hojas verdes, de los violoncelos,  
de las ocarinas y de las marimbas,  
en inimitables sonidos, turr, turr,  
solemne, solemne, solemne la misa  
cantada del mar,

Oyendo, con paso  
ligero camino,  
camino, camino.

Paso de carrera  
con los pies descalzos,  
perdiz pie de liebre,  
ciervos aquileos.

No han podido hallarme los calumniadores,  
¿quién podría alcanzarme? ¡Nadie! Solamente  
se quedan diciendo: por aquí pasó...

Ciervos aquileos,  
perdiz pie de liebre  
paso de carrera  
con los pies descalzos,  
por aquí pasó!...

Oyendo, mis ojos  
extáticos ven,  
cómo se levanta la primera estrella,  
tras la rama en flor.

El ojo, el oído,  
hermanos gemelos,  
dos remos, dos tiempos del mismo compás,  
dos alas, dos velas.  
Oye lo que reza profunda la vida:  
¡volar y volar!  
¡y la voz gemela dice navegar!

Solemne, solemne, solemne la misa  
del vuelo, turr, turr.  
Solemne, solemne, solemne la misa  
de las hojas verdes, de los violoncelos,  
de las ocarinas y de las marimbas.

Los aeroplanos,  
yo vuelo, tú vuelas, en inimitables  
sonidos, turr, turr.

Y los corazones,  
yo amo, tú amas, en inimitables  
sonidos, turr, turr.

Solemne, solemne, solemne la misa,  
la misa cantada del cielo y del mar.

Dios mío quisiera ser lengua de fuego,  
para, siete veces, cantar la suprema  
dicha de los ojos y de los oídos,  
del pié, de las manos, y d'esta mi boca,  
que ahora t'alaba diciendo: quisiera  
ser lengua de fuego vibrador, quisiera  
vivir celebrando tu doxología,  
tu gloria Dios mío, tu gloria, tu gloria.

León, Nicaragua.

**Indoamérica**

Organo del **Apra** Mexicana  
Apartado 1524. Editor: *Manuel Gallardo*.  
México, D. F.

**Atuei**

Organo del **Apra** Cubana  
10 de octubre 656. Vibora. La Habana. Cuba  
Directores: *Enrique de la Hoza, Nicolás Gamolln*

**La Epoca**

Diario órgano del **Apra** Centroamericana  
Directores: *H. Molina y Héctor Quiñones*  
Quezaltenango. Guat., Centroamérica.

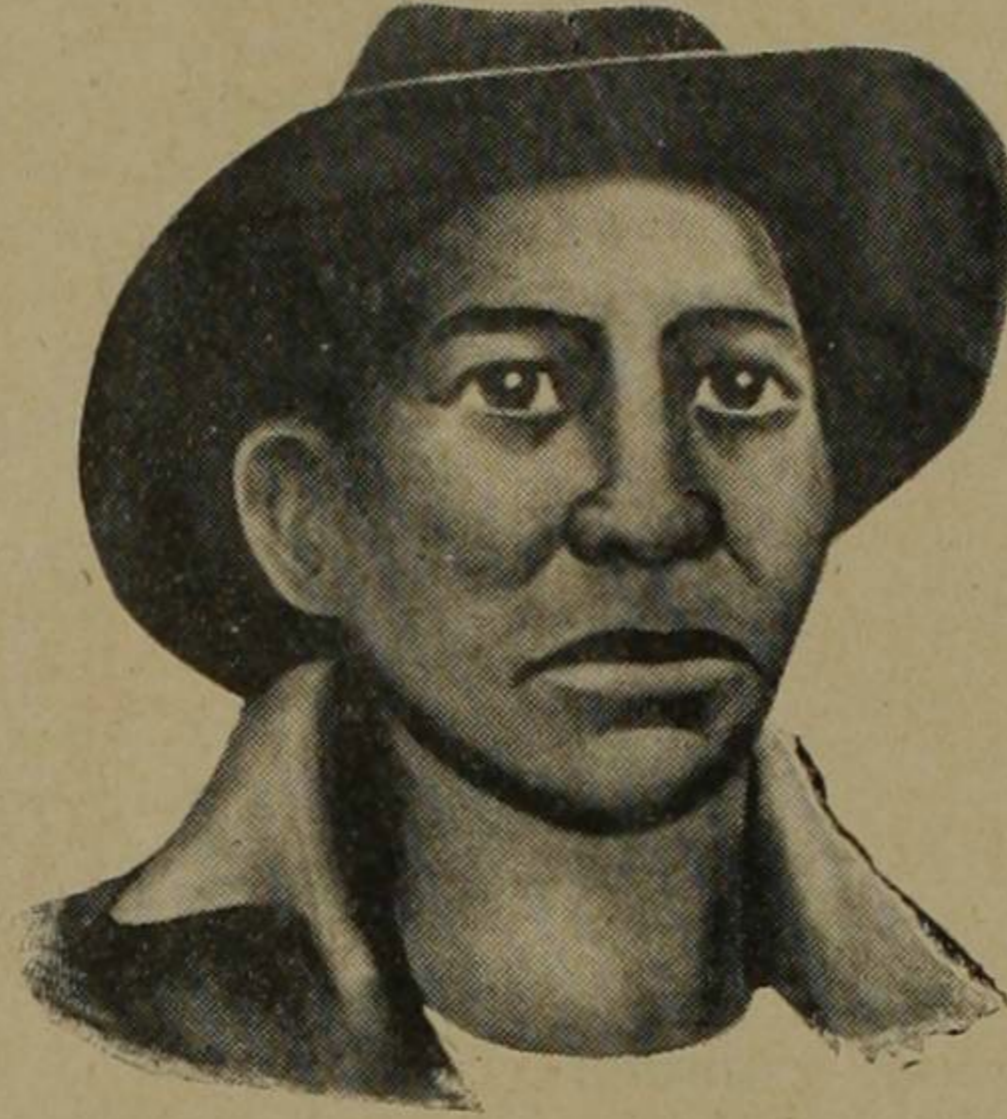


## Sólo Sandino representa a nuestra América

### Los dos grandes males del Continente

=De Social. Habana, Cuba=

A MANUEL UGARTE, ALFREDO PALACIOS, JOSÉ VASCONCELOS y ENRIQUE JOSÉ VARONA, apóstoles y propagandistas de los ideales porque Sandino pelea hoy en Nicaragua.



Augusto C. Sandino

DE los males que hoy padece América, ésta que Martí llamó «Nuestra América», y «Madre América», hay dos que pueden considerarse como los más graves, como los más dañinos, como los más difíciles de extirpar, no sólo por lo arraigados que se encuentran en las propias entrañas del Continente y por lo extensas y complejas que son sus raíces, sino además, porque ambos males no se desarrollan aislados, sino siempre conjuntamente, completándose y ayudándose uno al otro y ambos en su obra de destrucción y de muerte, a tal extremo que la presencia de uno de ellos es señal suficiente e inequívoca de la existencia del otro, pues cada uno de ellos si surgiera solo, que no es lo frecuente, desaparecería en breve al carecer del apoyo indispensable del otro, y cada uno de ellos, necesariamente produce el otro.

Son estos dos grandes y gravísimos males de la América nuestra: las dictaduras y el imperialismo. Las dictaduras unipersonales u oligárquicas, que existen hoy entronizadas en numerosos gobiernos de nuestras repúblicas. El imperialismo intervencionista yanqui que ejerce en todos esos países nociva, poderosa y avasalladora influencia bajo cualquiera de sus múltiples formas: militar, diplomática, económica.

Si el caudillaje, desde los albores de la independencia, ha sido valladar infranqueable que ha imposibilitado, dificultado o retardado el reinado de la paz y el advenimiento del progreso en los pueblos de América, cuando por su crecimiento extraordinario en todos los órdenes materiales, la nación angloamericana se convierte en potencia imperialista y comienza a avanzar hacia el Sur, e invade con su oro, respaldado por su diplomacia y sus cañones, el suelo feracísimo, y el subsuelo maravilloso, pero casi vírgenes ambos de explotación, de los países de Hispanoamérica, el invasor yanqui—mercader, industrial, banquero—encuentra, allanándole el camino y facilitándole el logro de sus propósitos, al caudillo o caudillos, dictador o dictadorzuelos en aquel momento, o en expectativa de serlo. Ambos, caudillo e invasor, serán desde entonces aliados y compañeros, coautores del mismo crimen. El invasor apoyará con su oro y con las redes de la diplomacia y la fuerza material del ejército y marina que le prestará su gobierno, al caudillo, al dictador o los dictadorzuelos, ya para que permanezcan en el poder, ya para que lo escalen. Y será el preferido en recibir esa protección, aquel o aquellos que más complacientes se muestran con el invasor en facilitarle privilegios, concesiones, monopolios, en entregarle la tierra y la economía, en venderle la patria, a cambio de apoyo para entronizarse indefinidamente en el poder y explotarlo a su gusto y capricho, sin más cortapisa que el no lastimar el interés del yanqui invasor.

Y éste apoyará a su aliado hasta que le convenga, que si encuentra otro que considera ha de facilitar mejor el desarrollo de sus planes, entonces financiará una revolución para que su nuevo amigo ocupe el poder. Por el contrario, estando el invasor satisfecho de su socio el dictador, mantendrá a éste, con sus «notas» y sus soldados, en el poder, si para derribarlo surgiera en el país una revolución, aunque ésta encarnara ideales de justicia, simpatías populares y al frente de ella aparecieran hombres verdaderamente representativos de las necesidades y anhelos nacionales y de sólido prestigio personal. Esos serían, precisamente, los motivos más poderosos para que el invasor imperialista se pusiera en frente de ese movimiento de opinión y de esos hombres y apoyara, sin vacilaciones, a su socio

el caudillo dictador, porque conoce de sobra que es con éste y no con los otros con los que puede contar. Y con el pretexto de proteger los intereses y las vidas de los ciudadanos de la Unión, el gobierno del invasor intervendrá en el conflicto armado, enviará notas diplomáticas, declarando enemigos de la Unión, a los enemigos del dictador, o desembarcará infantería de marina, para defender a éste y evitar su caída. Y el dictador tendrá un motivo más de agradecimiento al invasor, y no podrá negarle nada que le pida en concesiones, privilegios, monopolios. Y surgirá también un empréstito para pagar deudas o realizar obras públicas o mejoras sanitarias, empréstito sobre el que hará la vista gorda el gobierno del invasor en la aplicación que del mismo haga el dictador, que además cobrará, ya directamente, ya por medio y en unión de parientes o amigos, jugosas primas y comisiones, empréstito en el que a cambio de eso, el dictador dejará que el invasor ponga cláusulas que le permitan el arrendamiento de tierras a perpetuidad, le otorguen concesiones para canales, estaciones navales o radiográficas o le autoricen a fiscalizaciones e intervenciones, aunque siempre declarándose, leguleyamente, que nada de ello menoscaba la soberanía ni la independencia del país, sino que, por el contrario, tiende a conservarla y robustecerla, y a cooperar, además, a la causa de la civilización y del progreso en ese país y en el Continente.

De todas esas maquinaciones del caudillo dictador y el invasor imperialista, resulta una víctima: el pobre pueblo del país de nuestra América que tiene la desgracia de padecer esos dos males gravísimos: dictadura e imperialismo.

¿Pero, por qué no se rebela el pueblo contra el dictador que lo oprime y lo explota? ¿No demuestra, al soportarlo, que es un pueblo envilecido, que tiene el gobierno que se merece?

Y, ¿por qué no se une, y, aunque sea pequeño, engrandecido con la fuerza que dan la unión y patriotismo, rechaza al invasor imperialista, pirata de nuestros tiempos, demostrando así que no es un pueblo nacido para ser esclavo?

¡Ah! ¡Cuán fácil es culpar a los pueblos

de nuestra América de esos dos males—dictadura e imperialismo—que hoy padecen! Pero ¡cuán difícil les es, en realidad, a esos pueblos extirparse esas dolencias! Porque es cosa fácil, juzgando a la ligera, echar en cara a esos pueblos los defectos que pa-

decen, su incultura, su pobreza, su indolencia, su falta de unión; pero el que haya estudiado los múltiples y diversos factores que han entrado en la composición de los pueblos de la América latina, los siglos de ignorancia, esclavitud y explotación que para nuestros países significó la época colonial, la lamentable herencia, fuente y origen de muchos de los males políticos y sociales que nuestras Repúblicas sufren, que nos dejó el conquistador español, convertidas como tuvo estas tierras de América en gran mercado de expoliación y esclavitud; el que conozca las dificultades sin cuento que por todo ello han encontrado en su camino hacia la consolidación y el progreso, una vez libres, los Estados Americanos; y el que sepa de las nuevas acechanzas que en ese camino ha sembrado, para entorpecer la marcha y hasta imposibilitarla, el poderoso vecino de otra raza que alardeando de civilización, progreso y cultura, y con aire de protector, no hace otra cosa sino aprovecharse de nuestros defectos, nuestros males y nuestra pobreza, para dividirnos, someternos y explotarnos; quien conozca todas estas verdades no culpará jamás a los pobres pueblos de América de que no hayan aniquilado al caudillo dictador ni arrojado al invasor imperialista.

Y menos juzgará tan ligera y erróneamente contra nuestros pueblos, el que conozca la trágica y desventurada odisea que ha significado a todos ellos cada protesta y cada rebeldía, pacífica o armada, para aniquilar a caudillos dictadores o arrojar a invasores imperialistas, porque en todos esos casos han hecho causa común, para sostenerse y defenderse, dictador e invasor, logrando que contra esas dos fuerzas de maldad y poder, se estrellaran patriotismo, amor a la libertad y la justicia, espíritu de renuncia y sacrificio.

Y, ¡cuántas veces nuestra América ha sido escenario grandioso de estas epopeyas innarrables, que si no han logrado la palma de la victoria, han servido, en cambio, para poner de relieve cuanto de despreciable tienen dictadores e invasores, y las virtudes que atesoran,—incultos, pobres, inocentes,—los pueblos de nuestra América.

Y desde hace ya más de un año el mundo moderno está asistiendo a una epopeya, sólo comparable en la historia a la que el mundo antiguo presenció en aquella otra hazaña fantástica, con caracteres, como ésta, más que de tragedia vivida, de leyenda soñada, de los trescientos espartanos que capitaneados por Leónidas defendieron el paso de las Termópilas contra el ejército invasor de Jerges.

Hoy la América tiene su Leónidas en el rebelde Sandino, que con unos cuantos patriotas nicaragüenses, libra en las selvas y montañas de su patria, la más formidable protesta, por lo que tiene de representativa, no ya de los ideales de un pueblo y de un continente, sino de una época, contra lo que para ese pueblo y ese continente, y lo que para el mundo entero significan los dos grandes males que hoy padece la humanidad: dictadura e imperialismo.

Hoy el patriota nicaragüense Sandino, invencible en su lucha contra los dictadores e invasores de su patria, unidos en alianza de maldad, es la más grande figura de América y del mundo.

(Pasa a la página 218)







## Página lírica

de Stefan George

=Del tomo *Ritos*. Londres. 1914=

Traducciones de Guillermo Valencia

un cuarto de siglo después, resucitan a la plena claridad de la gloria, ya doblemente valorados por la generalidad de la comprensión, por el peso de toda una historia literaria y, entre las gentes, por las reacciones de un vago remordimiento en la injusticia.

Cuando Paul Valery era citado en Francia como un simple poeta simbolista del montón —un nombre más, en la famosa antología *Les Poètes d'Aujourd'hui*, «que tanta sangre nos cuesta»—, no faltaba, en el mundo germánico, quien considerase a Stefan George como un escritor cuyo principal mérito consistía en saber traducir a los poetas franceses. Principal mérito y principal culpa. Los nacionalistas a ultranza no dejaban de ver en él a una especie de traidor, el agente de un romanticismo enfermizo y corruptor, cuyo contagio venía de París, en contraste con el sano romanticismo local, patronado por el alto nombre de Federico Schiller... Ha sido necesario que, al abandonar el patronazgo de Schiller, las gentes, los jóvenes sobre todo, diesen la vuelta por el sendero del parque neo-clásico de Goethe, para que descubrieran, al cabo, que las rimas fluentes en la poesía de George tenían una fuente, natural y naturalista—de la más genuina calidad germánica—. Como que, en el mismo París, la poesía de Fin-de-Siglo fue germanismo puro.

Una vuelta por el parque de Goethe y un lapso de veinticinco años. El mismo tiempo, exactamente, que en Francia se ha empleado en afinar en que Valery, que, en 1898 parecía un hiperbóreo—una especie de wagnerismo—, es, en realidad, tan francés como Lafontaine, es—para decirlo de una vez—un cartesiano...

**Gretchen.**—Estas muchachas luteranas, con una trenza rubia partida en dos *cocas* y, hasta las rodillas, un traje blanco de lencería, de cintura tan blandamente holgada.

Parecen las mismas que en 1908 había en Heidelberg; y sus trajes, los mismos.

Los únicos de entonces, por otra parte—con los de nuestras monjas—, que, llevados por cuerpos de mujer en 1908, no resultan ridículos a nuestros ojos de hoy.

*Eugenio d'Ors*

### Sólo Sandino representa...

(Viene de la página 216)

Hoy sólo Sandino representa nuestra América: los clamores, angustias, penalidades, ideales de los pueblos de nuestro continente.

Y hoy Sandino, también, luchando contra la dictadura y el imperialismo, es precursor de las luchas futuras que los pueblos de nuestro continente y del mundo entero han de librar contra los dos males que los esclavizan y explotan: dictadura e imperialismo.

*Roig de Leuchsenring*

### CULTURA VENEZOLANA

Director: José A. Tagliaferro

Apartado de Correos 293

Caracas.

**Cultura Venezolana** se publica el día 15 de cada mes en números de 90 a 128 páginas.

En la sección bibliográfica se dará cuenta de los libros de los cuales se remitan dos ejemplares.

Precio de suscripción:

En el extranjero: 5 dólares al año.

### El Señor de la Isla

El Señor de la Isla que hay en el Sud, nos dijo la leyenda que narraban sencillos pescadores, a la luz del hogar, bajo su tienda:

en la Isla dorada, donde perfuman como abiertos pomos ricas gomas y verdes cinamomos; en la Isla silente, donde, al canto de límpida corriente, brillan las gemas de color süave, hubo un extraño morador: ¡un ave! De pies en la ribera, su pico de marfil descogollaba la más alta palmera; cuando sus alas, rojas como sangriento caracol de Tyro, turbaban el murmullo de las hojas al revolar en el ambiente puro, lentas, pesadas, flojas, asemejaban nubarrón obscuro.

De día siempre oculta bajo las ramas, al caer la tarde posábase del mar en las orillas, donde mezclaba el viento, del ave rara el flautado acento y el olor de las algas amarillas. Sacando la cabeza, los delfines amadores del canto llegaban de los últimos confines en constelado coró, y al golpe musical de sus aletas cruzaban por el piélagos saetas, chispas doradas y plumajes de oro.

Así vivió los siglos. Indiscreto el ojo de la humana criatura no la midió, violando la espesura: el naufrago tan sólo, que de sus antros lóbregos Eolo arrojó sin piedad, tal vez la oñera cantando en la ribera al morir de una tarde silenciosa...

Cuando por vez primera llevó su leño un ágil navegante a la Isla distante, se puso el ave a contemplar a solas lo triste de la estela en las intactas olas donde flotaba la dormida vela, y subiéndose al ápice de un monte vió por última vez el horizonte de su playa querida, de su Isla desierta, y, las alas enormes desplegadas, con grandes voces de dolor ahogadas llenó la inmensidad, y cayó muerta...

### Mozo de aldea

El tímido mozo de aldea, cuando muere el sol, a su casa se dirige, haciendo a menudo silbar tres sonos en la flauta:

Es el uno como el lamento que desde sus sepulcros lanzan los antepasados que, en muerte, a Dios ofrecieron el alma;

el otro su virtud oculta roba a la fúnebre tonada que murmura junto a las ruelas un grupo afligido de hermanas,

o dice las mudas congojas de las doncellas desgraciadas que salen a vagar de noche en conquista de pan y agua...

Y es como el grito de la ira (a la vez pecado y venganza) el último són que repite el tímido mozo en la flauta:

En esa simple cantilena hay un acento que amenaza con el viejo puñal mohoso de burda y azulosa vaina,

y con el dolor transmitido a las tribus desheredadas, bajo el signo del astro funesto que dió su luz a muchas casas...

### Las guacamayas

Mis guacamayas blancas tienen penachos de color de azafrán, y, entre su jaula, cabecean en tenues aros de metal.

Sin cantos ni gritos se duermen y las alas no abren jamás: mis guacamayas blancas sueñan con sus dátiles y su palmar...

### Aniversario

Hermana, toma el cántaro de tierra gris; no olvides la costumbre, y vente luego en pos de mí: Hoy há siete veranos que lo vimos: recuérdá... En tanto que El hablaba, nosotras en el pozo hundíamos risueñas nuestros cántaros! Después... un mismo día nuestro novio perdimos: Hoy, hermana, iremos a buscar en la llanura la fuente que sombrean dos álamos y un haya, para que allí llenemos en silencio nuestros cántaros de tierra gris...

### Interpretación

(De Peter Altenberg)

El joven estaba leyéndole a la dama joven y pálida *El Aniversario*, de Stefan George.

«Lee usted de una manera, dijo ella, ¡Tal parece como si fuera el poeta! ¿En dónde está la belleza de esta poesía? Yo la siento solamente... Si usted tuviera la bondad de contármela.»

El respondió: «Lo bello está en la sencillez de la tristeza. Los novios murieron, dice el poeta. Las novias dicen sencillamente: «El día del aniversario iremos a traer agua de la fuente, en el cántaro de tierra gris, en aquel sitio de la pradera en que se alzan dos álamos y un haya.» «Gracias», dijo Paulina.

Y luego añadió: «¿En qué está la tristeza de esta poesía?»

«En nada. La tristeza es así. Sucesos de la vida diaria, pensamiento silencioso a la orilla de la fuente, en la pradera donde hay dos álamos y una haya.»

Silencio...

Paulina se inclinó un poco hacia adelante, con las manos puestas sobre las rodillas, y dijo: «¡Tiene usted una manera de explicarlo! Da una con lo triste, lo palpa. ¡En verdad, usted es el poeta!»

«¡Ciertamente, yo soy el poeta!»

«¡Ah!... Y ¿qué es Stefan George?»

«El poeta.»

«¿Y yo?»

«El poeta. ¡Los tres juntos somos el poeta!»



**El discípulo.**—Hemos dicho que Sancho es el pueblo. Como él, el escudero Panza tiene horror a la aventura; trabaja, como la noria, en un sólo sentido, y su ingenio se repite siempre como un añejo cantar. Posee en cambio el lúcido sentido de los valores: el tiempo, la pobreza, el hambre y el sueño. Es límpido y gárrulo como un arroyo del monte, y sus argucias son siempre inofensivas. Goza de inspiraciones momentáneas, aciertos desconcertantes para hacer justicia y olfato agudo del porvenir. No sabe de números, pero es gran matemático y calcula por el presentimiento con exactitud.

Don Quijote, que ha estudiado los Evangelios y los practica, entrevé que no le es menester discurso alguno inteligible para su escudero y que mientras menos le entienda más se maravillará; y como Jesús a sus discípulos, le habla por parábolas. De allí que Sancho se vea precisado a seguirle, aún dando al aire suspiros de nostalgia y tornando los ojos hacia el nido lejano.

Sancho se siente capaz de hacer justicia y de ser gran señor. Su código está en el impulso del corazón y en la astucia que desconcierta. Tanto como don Quijote posee la fe en su destino, y aunque eterno como su amo, se verá eternamente condenado a servir porque ignora que la libertad es la renunciación espontánea de toda comodidad. Si Sancho poseyera esta verdad sería el émulo de don Quijote y llegaría a la sublimidad también.

Añadamos que Sancho es la Cordura.

**Don Quijote y la acción.**—Don Quijote no acierta a comprender que el resultado de sus acciones es el dolor, y que su misericordia es casi siempre un mal para el prójimo. De ahí que cuando trata de enderezar entuertos ponga fuego en el encono. Toda su actividad ha de quedar recluída a las buenas intenciones, y por ello es, también en este sentido, el ejemplar completo del esfuerzo humano. Nuestros actos, una vez ejecutados, no nos pertenecen. Son de quienes los reciben y de quienes los transforman. La intención es la que forma juicio en el fondo de nuestro sér. Ejemplo: la aventura de Quintanar.

Dolor de un lado, inocencia del otro ¿a quién damos la razón cuando un héroe doctrinario sacude las entrañas de la sociedad y da al traste con la comodidad ajena? ¿Valiéranos más vivir como cualquier hijo de vecino, en el constante ordeño de la costumbre, en el ejercicio de las acti-

## Algunas meditaciones de la obra *El sentido trágico del Quijote*,

por RAFAEL CARDONA

Acaba de aparecer en las ediciones del *Convivio*  
San José de Costa Rica. 1928



Rafael Cardona

vidades de casta y diferencias de provecho?

Si hay algún mal que realmente aqueje al género humano es la *costumbre*, y la costumbre es el mejor predicado de la materia. Es la fuerza negativa por excelencia y la razón de ser de que pasen como buenas y válidas numerosas injusticias que conviven en las sociedades de todos los tiempos y gozán de sus artificiales beneficios merced a esa falsa evidencia y autoridad que adquieren las cosas cuando el tiempo ha puesto en ellas el sello de una supuesta equidad. Es cierto que si no existiese este acomodo a la repetición que llamamos el hábito el tiempo perdería ese tranquilo y sofocante ritmo que mece las cosas en vaivenes de siglos; pero es justo y hermoso que como expresión de espiritualidad, broten del cansancio de la costumbre estos renuevos de santa rebelión contra el hábito, organizando así el camino de todo perfeccionamiento.

**El Quijote total.**—Hay el Quijote místico, el Quijote político, el Quijote moral. Cervantes hubiera podido escoger cualquiera de los tres, o el Quijote

literario. Pero no se conformaba con el hombre apasionado de una idea, con el ingenio parcial que sigue la línea de menor resistencia de su mundo aislado, de su acervo ideológico, y resolvió ligarlos a todos en una sola expresión. En el Hidalgo de la Mancha están completos: el héroe de caridad, de andanza peregrina, el paladín de la libertad, el soñador de la justicia, el religioso práctico, el orador graciosos, profundo e inimitable. Tiene, como la vida misma, todas las formas: el sacrificio y la gloria, la majestad y el dolor. Su aspecto empolvado y contuso, que da tumbos contra la ley escrita y la mediocridad del egoísmo, es el de un dios ultrajado que desvaría, y que aprovecha este desvarío para amonestar y castigar.

Don Quijote no conoce otra ley ni otro amor que lo Sublime. ¡Pobres nervios los suyos, sometidos a tal dinamia, a semejante luz! No ignora las leyes, el morigerado vivir, la idílica sencillez, la cristiana conformidad, todo ese légame social de impresiones y de costumbres que tan excelente nos parece a las gentes razonables; pero ¿qué es todo eso frente a un gran sueño? La paz de la tierra es, en su juicio como en el de Cristo, polilla que roe y orín que corrompe; ha venido al mundo a meter espada contra los gigantes—los tiranos—y contra las bestias—los pueblos—. Para ello se sirve del Pueblo, Sancho mismo, y le promete cortejos de gloria y arcos de triunfo arrastrándolo tras sí.

Cuando el héroe prescinde de su dicha personal y la entrega en inmolación a la risa ajena, se arroga en cambio el derecho de soñar libremente y de despreciarlo todo, excepto el señuelo que le embarga. Don Quijote adivina la mofa y el escarnio, la codicia y la traición; tiene demasiados intervalos humanos—o razonables—para no percibirlos. Pero si se detiene en su marcha volverá a la oscuridad lugareña y no será digno de la señora de sus pensamientos, la Gloria. Una gloria que en sí misma es labradora en su pueblo, amasadora de harinas y guardiana de ovejas: una simple cosa, la gloria...

**La Iglesia, el Imperio, la Piedra.**—Todas las almas buscan, inconscientemente, una salida hacia la libertad: pero aquéllas en que la razón ejerce un influjo preponderante y un tacto sin luz, desean introducir la eternidad en el minuto y la inmovilidad en el cambio. No es extraño, pues, que quienes han perdido todo



vestigio de inmortalidad traten de fundar un reino en la muerte.

Este reino en la muerte es lo que llamamos «civilización», la construcción de la *civitas universalis* de la política religiosa.

La Ciudad, con sus gobiernos y sus jerarquías, ocupa a todo el hombre. La primitiva «Ciudad de Dios», que no era otra cosa que la organización del mundo moral, cristalizó en piedras y amuralló sus recintos y redujo a sombras decorativas las inspiraciones creadoras. Mas la ciudad primera es el hombre mismo. Agustín, por ejemplo, la construía en su espíritu: la proyección de este sueño en la naturaleza hace surgir la cosa pétreo, el *monumentum* material y tangible. Hoy, el monumento ha expulsado el espíritu, y llamamos Ciudad a la piedra elaborada.

La Iglesia y el Imperio—casi siempre la misma cosa—han convertido en *gehennas* las arquitecturas urbanas; al orden espiritual, hecho de esencias vivas y flamígeras—el Verbo—sigue el orden material, desde la blusa obrera al solideo cardenalicio; la fuerza y la astucia, más que el amor y la gracia, entronizan las jerarquías. El pretendido orden social de las clases es la violencia erigida en sistema, y todo sistema, ya lo hemos dicho, es una suplantación de la simpatía. Ausente el amor, se inventa el orden, es decir, la distribución dogmática de las facultades y de los poderes. Todo hiela en las manos del hombre, y las palabras se gastan en sus labios como las monedas en sus dedos.

Este aire fatal que envuelve a la civilización ¿es insuperable? ¿Se ha puesto, a las puertas de las ciudades, el verso de Dante, *lasciate ogni speranza voi ch'entrate?*

En una palabra, ¿ha de servir el hombre a los tiranos?

Don Quijote, que en sus consejos a Sancho para el gobierno de la ínsula sube hasta la colina del Sermón de la Montaña, puede decir, como Jesús, «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida». El conoce el sendero que extrae al hombre de la «civilización» para enloquecerlo en la soledad.

¿No es, pues, Caballero andante? Y ¿no es el andar sin tregua una renuncia a la Ciudad, al espíritu que no se mueve, y que según el profeta bíblico «es el desierto de la civilización?»

Andar es renunciar.

Allá en su aldea Don Quijote dejó la paz de su carne en los cobertores de lana y en las almohadas de pluma. Pero la ciudad, la ciudad verdadera va con él. Es el genio profético que padece la fobia del claustro, el asco del recinto y el odio de la muralla.

Es curioso anotar que, en toda su

peregrinación, sólo una vez albergue en ciudad, allá en Barcelona, de donde regresa traicionado y contuso. Desde entonces se inicia su decadencia, su retorno a la Razón.

La Iglesia, que desde los tiempos de Israel ha venido negando, combatiendo el profetismo y no obstante sometiéndose a él por posteriores rectificaciones, ha tenido su última disputa con Don Quijote.

Le sale al paso en el Castillo de los Duques, en donde el ocio y la burla tienen su ratonera. Sus razones son las razones de la ciudad. «¿Y a vos, alma de cántaro, quién os ha encajado en el cerebro que sois caballero andante y que vencéis gigantes y prendéis malandrines? Andad enhorabuena, y en tal se os diga: volveos a vuestra casa, y criad vuestros hijos si los tenéis, y curad de vuestra hacienda, y dejad de andar vagando por el mundo, papando viento y dando qué reír a cuantos os conocen y no conocen. ¿En dónde, nora tal, habéis vos hallado que hubo ni hay ahora caballeros andantes?»... (Cap. XXXI, Sg. Pte).

Don Quijote responde, «con presurosa y turbada lengua», en discurso áspero y ardiente como un carbón encendido: «...¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes?»

Era aquél uno de esos eclesiásticos «que gobiernan las casas de los príncipes: destos que, como nacen príncipes, no aciertan a enseñar como lo han de ser los que no lo son; destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus ánimos»...

Tales son las palabras de la Iglesia de Piedra en pugna con la profecía y la soledad, con el amor de los libres. Tales los conceptos del bautismo del agua ante las alas del bautismo de fuego.

**Andar y ver.**—La andanza qui-jotesca tiene un fin: ver por los propios ojos la hazaña referida, la leyenda proyectada en las nebulosas del Ensueño. En este sentido es también don Quijote el modelo y espejo del alma humana, henchida desde su origen de la fatal curiosidad cósmica. ¿Eres tú ciego o paralítico del espíritu que no te echas al río y nadas con fornidos brazos a la otra ribera donde el misterio te acoge y enseña?

El ansia de *llegar a ser* se angus-

tia, gimoteando, en todas las cosas, y por todos los rumbos del cielo camina el horizonte como una llamada que se aleja.

Hay sin embargo espíritus que querían el cuento contado, y se conforman con el relato ajeno. En una terrible página del loco Swedemborg, leí, hace bastante tiempo, esta cosa dantesca:

En un rincón del Paraíso hay un jardín cerrado, semejante a los huertos que las comunidades monjiles cultivan entre altos y musgosos bardales, y que se elevan al azul inmóvil ignorados de todo ojo profano. Crúzalo, por medio, un alto muro de piedra blanca, hueco y sonoro, en cuyo seno yacen las larvas de las almas que serán. Cuando Jesús busca la soledad—¡Él también!—y pasa junto al muro tocándole tal vez con distraída mano, de dentro surgen voces tiernas y arcanas, que cantan más que gritan:

—¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo?...

Y Jesús responde:

—Dormid, dormid, no es tiempo todavía!

En las profundidades de la tierra, como en las profundidades del cielo, las larvas de los Universos futuros gimen en las tinieblas por la andanza en el mundo, por el quijoteo y la revelación.

¡Qué! ¿no hay ni hubo caballeros andantes, follones ni malandrines? ¿Pues qué o quién nos tiene de esta suerte maltrechos y adoloridos, metidos en prisiones de carne y perseguidos de encantadores?...

Al reproche del Cura, del costumbrismo erigido en sacerdocio, contestamos con don Quijote: «¿No hay más sino a trochemoche entrarse por las casas ajenas a gobernar sus dueños, y habiéndose criado algunos en la estrechez de algún pupilaje, sin haber visto más mundo que el que puede contenerse en veinte o treinta leguas de distrito, meterse de rondón a dar leyes a la caballería y a juzgar de los caballeros andantes?»

¿Esta fé católica, gotosa, literal y ciega, quiere detenernos en el umbral de la vida, cuando nuestros ojos se abren maravillados a la luz de Dios, y los campos y los pájaros nos invitan a la aventura de cantar y engendrar? ¿Esta Iglesia de la Ciudad de Piedra quiere embutirte, como una moldura añosa, en los detalles de su monumento, para que en tu cabeza hagan nido las arañas o las golondrinas y para que sólo un rayo de luz te dé por las mañanas? Deja a Pedro y toma a Pablo, deja la Silla por el Camino, y anda, anda,

Toda la cuestión del hombre es andar, en Rocinante o a pie, con San-



cho o sin él. Mas es posible que Sancho, a hurtadillas, te siga, como siguen los niños el hilo de un cuento al atardecer.

El cura aquél, «destos que gobiernan las casas de los príncipes», era un encantador, quería detener por

malas artes a don Quijote y sumirlo de nuevo en la obscuridad de su aldea, entre las burlas del bachiller y los rezongos del Ama. Pero Don Quijote le sale al paso «con presurosa y turbada lengua», libre ya de la fe que mata: ¡Don Quijote quería ver!

## Tablero = 1928 =

**De la situación política de El Salvador, nos habla en términos deplorables un distinguido universitario de ese país (carta de 19, setbre., 1928).**

De lo que ha pasado aquí no tengo para qué hablarle; usted debe tener todos los pormenores. Baste decirle que la indignación ha sido general y que si nada se ha dicho, ha sido porque la censura ha llegado hasta prohibir que se mencionen ciertos nombres. Actualmente estamos nosotros gestionando la circulación de una revista nuestra—de índole más literaria que otra cosa—, porque cuando ya estaba tirada la edición y habiendo sido el material previamente censurado, se le «antoja» al censor prohibir la venta. Así estamos en este pueblo de grandes gestos diplomáticos y de mucha democracia. No temo asegurar que no hay en la América Latina un pueblo más carente de libertad de pensamiento que este país de El Salvador.

**A propósito** de una de las *Glosas* de Eugenio d'Ors que en este cuaderno aparecen, la página lírica de *Stefan George*.

**La estimación extranjera.**—Con gusto trasladamos el elogio caluroso y merecido que el gran novelista cubano Carlos Loveira hace de la obra literaria—sin alardes—de nuestro Rubén Coto.

La Habana, 26 de setiembre de 1928.

Sr. D. Joaquín García Monge,  
San José de Costa Rica.

Mi estimado amigo.

Está escrito: hombres y cosas siempre caen del lado hacia el cual se inclinan. Entre todo lo bueno que nos trae siempre el *Repertorio*, nada me ha dado una hora de más emoción (una lectura a solas y dos en alta voz) que ese trabajo, estupendamente artístico, titulado *Las tijeras y otras referencias*, que aparece en el cuaderno del 1.º de este mes. Me bastan esas pocas cuartillas, para atreverme a decir que difícilmente habrá, entre americanos de habla española, quien maneje ese género con la precisión, el buen gusto y la pupila, «abaradora» y penetrante del Sr. Rubén Coto. Eso tiene el más emocionante aroma, el más deleitoso sabor de la tierra tica, y ya que usted se presta a que desde todas las latitudes del Continente le estemos dando siempre toda clase de encargos literarios, hágame el nuevo favor, si se tropieza usted por allí con el Sr. Coto, de transmitirle, por lo que valga, mi más cálida celebración de compañero, mi más espontánea gratitud de lector favorecido.

Y por hoy nada más que anunciarle la próxima aparición de un nuevo libro cubano: *Uno de tantos*, de

CARLOS LOVEIRA

**Otra forma de estimación, que agradecemos como se debe.**

EL MUNDO, Diario de Información  
Habana, Cuba

Habana, setiembre 24 de 1928.

Sr. Joaquín García Monge,  
Director del periódico  
*Repertorio Americano*,  
Costa Rica.

Muy señor mío:

Tengo el gusto de significarle que este diario vería con gusto el que Ud. aceptara el *cange*, y al afecto, si Ud. nos acepta nuestra propuesta, inmediatamente, le enviaremos *El Mundo*, diariamente, en reciprocidad del que Ud. dirige

Es espera de su agradable nueva, me reitero suyo atto. y s. s. s.

ALBERTO ROMÁN  
Jefe de Circulación

LA PRENSA, Spanish Daily  
Newspaper. New York

Setiembre 19, 1928

Sr. Director del  
*Repertorio Americano*,  
San José, Costa Rica, C. A.

Muy señor nuestro:

Nos es grato informarle que hemos comenzado a mandarle *La Prensa* en calidad de canje y esperamos vernos igualmente favorecidos con el envío de *Repertorio Americano*. De Ud. attos. y ss. ss.

LA PRENSA, INC.  
J. M. SOLER  
Circulation Manager

**No dejemos** pasar por alto esta señal de vida que dan nuestros estudiantes universitarios. Un abrazo, muchachos. ¡Hace 25 años que los estaba esperando!

**A los estudiantes universitarios colombianos**

Los Estudiantes Universitarios de Derecho de Costa Rica, deseamos manifestar a los compañeros colombianos nuestra adhesión calurosa y sincera a su patriótica y viril protesta, lanzada contra la actitud del Departamento de Estado Norteamericano al pretender éste intervenir en un asunto exclusivamente interno de Colombia.

Es éste, otro de los muchos atentados de ese Gobierno al Derecho y la Justicia Internacionales, y ya es hora de que la Juventud de Hispano-América estreche más y más los vínculos que nos unen, hasta conseguir una solidaridad indestructible que nos conduzca al más alto grado de acercamiento espiritual e intelectual. Así, unida el alma de los pueblos jóvenes del Continente Latino-Americano, y con nuestro ejemplo de respeto a los principios que rigen las relaciones internacionales, lograremos descalificar la política imperialista del Norte, que en estos momentos ha pretendido vanamente atropellar la soberanía de un pueblo grande y libre.

San José de Costa Rica,  
a 28 de setiembre de 1928.

C. Pérez Treasy, Luis Calvo Gómez, Fabio Fournier J., J. M. Gallegos Y., J. Luis Cardona Cooper, Edgar Guier, Fco. J. Siero y Rojas, Jaime Cerdas Mora, E. Sáenz Huete, Luis C. Suárez, U. Soto M., Fernando Núñez Q., A. Lizano Bonilla, Juan M. González S., Francisco Ruiz F., H. Solorzano H., Claudio Alvarado C., A. Ugalde J., Manuel Mora, Oscar Bonilla Vega, Aurelio Amador S., L. Montealegre, H. Herrera, Juan R. Jiménez G., José Alberto Pacheco, G. Ortiz M., Abelardo Borges J., Pablo Casafont R., V. Desanti L., Gonzalo Salazar H., Fernando Baudrit, A. Salazar S., H. Bravo Soto, Carlos Durán Quirós, Humberto Marín, J. Madriz M., Gonzalo Dobles S., Armando Saborío, Jorge Herrera G., José L. Carranza Solís.

Los suscritos, Estudiantes de la Escuela de Farmacia de Costa Rica, hacemos nuestras las anteriores manifestaciones de nuestros compañeros de la Escuela de Derecho.

Fernando A. Quirós M., Carlos Frco. Arias H., R. Monge F.: Hermógenes Mata,

### QUIEN HABLA DE LA **Cervecería TRAUBE**

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.  
**Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.**

#### FABRICA:

<p><b>CERVEZAS</b> Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.</p>	<p><b>REFRESCOS</b> Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.</p>	<p><b>SIROPES</b> Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.</p>
--	--	---

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

**SAN JOSE — COSTA RICA**



Ricardo Arias B., O. Astorga Sanabria, Mario Montoya Castro, José Antonio Jiménez, R. Gil Tristán, Nogi Fernández, Max Acosta, C. Alberto Serrano, Miguel A. Infante, Juan J. Vega Alvarado, H. Odio González, Enrique Blanco, Otoniel Vargas Ch., Zeneida Cordero, V. Trejos H., Everardo Soto M., Celio Romo P., Jorge Ovaes, Frco. J. Bonilla, Enrique Coto Conde, Ramiro Solano, Miguel A. Bugarelli F., Juan Vindas, Anita Caggiano de M., María Isabel Núñez Díaz, Yolanda Caggiano de M., A. Jiménez, Manuel Chamorro M.

#### Referencias:

Vamos, antes de morir leeré otra vez *Don Quijote*.—Cita de *George Gissing*.

Desde hace tiempo la lectura de la colección de proverbios de Snégurev es una de mis ocupaciones favoritas, o mejor dicho, uno de mis placeres favoritos.—Cita de *Tolstoi*.

...empezando, como es de justicia, por el testimonio del *Diálogo de las Lenguas*, ese remoto catecismo del idioma: lo más placidamente romano que se haya escrito en español; diálogo tan claro, tan adivino y tan bien autorizado por el tiempo que todo él es hallazgo, sin decir nada de su llaneza ni de aquel su atildamiento siempre incapaz de afectación. Conjetúrase que lo compuso Juan Valdés, un allegado del emperador Carlos V y partidario de Lutero y el libre examen, que, a la verdad, debió ser hombre de incomparable cortesanía.—Cita de *Arturo Capdevila*.

#### Etimologías:

Tomad vuestros diccionarios griego y latino, y buscad la significación de *espíritu*. Es solamente una contracción de la palabra latina que significa *aliento*, y una traducción indistinta de la palabra griega que significa *aire*. La misma palabra se usa escri-

biendo: «El aire sopla donde quiere»; y escribiendo: «Así es todo el que nace del espíritu», esto es, que nace del *aliento*; porque expresa el aliento de Dios, en alma y cuerpo. Tenemos su verdadero sentido en nuestras palabras *inspiración* y *expirar*.—Cita de *Ruskin*:

*Veda* quiere decir conocimiento; es una palabra de la misma raíz que *ver*, en latín *videre*, en inglés *wit*, y *weiss* en alemán.—Cita de *José Pijoán*.

Nápoles (*Nea-polis* o ciudad nueva).—Ponto-Euxino, que quiere decir *mar propicio*.—Cita de *J. Pijoán*.

**Testimonio.**—De la historia de Grecia, siglo IX a. de J. C:

El comercio, que fué una consecuencia natural de la emigración, enriqueció a nuevas familias y en cada ciudad se estableció más bien una república aristocrática que una verdadera democracia. Ya veremos más adelante cómo del seno de estas aristocracias surgió el plutócrata millonario, que fué el tirano.—Citas de *José Pijoán*.

**La Revista Blanca** es un notable quincenario de ciencia, sociología y arte que ve la luz en Barcelona, España (Administración: Guinardó, 37). Es ya larga la lista de ediciones de la *Revista Blanca*.

Nos acaba de obsequiar con un ejemplar de una de las últimas:

*Jesús es un mito*, por George Brandes.

No sabemos de otra edición castellana de tan interesante obra. La recomendamos con entusiasmo.

También edita la *Revista Blanca* una serie de cuadernos semanales con el título de LA NOVELA IDEAL. De la que nos ha remitido también los dos últimos cuadernos:

*El amor que queda*, por V. Márquez Sicilia, y *Nuestra Señora del Paralelo*, por Federica Montseny.

## Una lápida para Manuel Briceño

Amigo García Monge:

Una de estas noches, mientras comíamos en singular convivio, con Eugenia Torres, algún amigo, quizá el silencioso Marchena, trajo al grupo la noticia de la muerte de Manuel Briceño.

Yo me conmoví con la cruel noticia y me puse a recordar—a voces, así, a voces!—a Manuel Briceño. Por un gran rato, la sombra de este recuerdo bien amado, presidió la reunión.

Recordamos esa noche que por aquí han pasado, como atendiendo al llamado de una cita profética, Isaías Gamboa, Eduardo Talero, Julio Flores, Darío, Chocano, Santiago Argüello, Restrepo Gómez, Briceño; y cada uno hizo esa noche una referencia a todos estos apolonidas que por los quietos caminos de la patria fueron alzando la perspectiva azul de su canción.

Y seguimos hablando de Manuel Briceño: acá anduvo sin grandes ru-

bros, pero con un porte de gran señor que nunca abandonaba ni en los momentos en que su inconformidad y su hastío le arrancaban a la vida una hora de bohemia. Porte de gran señor gentil, pues que él reproducía la sentencia clásica: Apolo no sólo hacía la belleza sino que él era bello también. Hablaba despacio y vivía despacio: de la palabra y de la vida gustaba como un sibarita gustara de un extraño y enervante licor.

Por acá trabajó en la prensa, en la forma como en nuestra prensa trabajan casi todos los que tienen talento: en posición secundaria, corrigiendo pruebas o poniendo ortografía y sentido en las notas cabalísticas que escriben esos orondos señores a quienes en nuestra jerga cotidiana llamamos reporteros o redactores.

Gran poeta Manuel Briceño! Poeta en la forma en que mi impenitente terquedad sigue considerando al poeta: aquel que, según el sabio decir, vierte

finos licores en copas repujadas. No figuró gran cosa aquí: no anduvo en los cenáculos, no fundó comanditas de autobombos, no tomó por asalto las revistas. Sin embargo, supimos de su excelencia lírica los que a él fuimos empujados en alguna de sus horas de bohemia que quizá coincidió con alguna de la nuestra.

Una noche le escuchamos este soneto que ya quisiera para sí más de uno de estos modernistas que, perdidos en la extravagancia de una caja de pinturas, todavía no han podido, después de cien composiciones, señalar con precisión el color de los ojos de su novia:

Te escribo este soneto desde la enfermería  
cuya ventana verde recorta un cielo gris;  
redoblan los tambores, está brumoso el día  
y un acre olor a drogas flota en torno de mí.

Los cadetes enfermos hablan con alegría  
de una reminiscencia dulcemente feliz;  
yo recuerdo tu nombre como recordaría  
el de un ser que se ha visto poco antes de morir.

El médico me extiende la última receta;  
¿sabrá el médico, acaso, cómo influye la dieta  
de los enamorados en la parte moral?...

Apenas soy alférez, pero nadie pensara  
que ya, por tus ojazos y por tu risa clara,  
te quiero como debe querer un Mariscal.

No tengo aquí a mano, y lo lamento de veras, una elegía que dedicara a la gentil señorita Lidia Foster, hoy señora de Steinvorth, honda y bella página que diría en loa de su autor mucho más de lo que yo voy diciendo de manera desgarrada; pero no resisto a la tentación de copiar aquí, para lírico regocijo de los lectores del *Repertorio*, el bellísimo soneto que su mano amiga grabara en el álbum que mi pasión de enamorado forjó para mi novia:

#### Como la mies madura...

No sé por qué tu cabellera ardiente  
me hace pensar en infantiles goces:  
me recuerda los trigos...y en tu frente  
son tus cejas la curva de las hoces.

Tú que lo acerbo de mi mal conoces  
resucitas mis sueños...y en mi mente  
hay ese incierto despertar de voces  
que provoca en los campos el poniente.

No sé por qué tu cabellera sabe  
como un arbusto, detener el ave  
de mi espíritu huérfano... y ondea

sobre mi pecho tu cabeza ufana  
como la mies madura se desgrana  
al cariñoso amparo de la aldea.

Ahora el gran poeta se ha dormido al arrullo del silencio lleno de lirás de su patria. Otros han pedido, para guardianes de sus tumbas, sauces o cipreses; éste se sentirá tranquilo cuando sobre la paz de su camposanto haya «ese incierto despertar de voces que provoca en los campos el poniente».

J. Albertazzi Avendaño

San José, Costa Rica, Set. 1928





## LA EDAD DE ORO

Lecturas complementarias  
para muchachos

(Suplemento al Repertorio Americano)

### Un sueño

Me ha dicho el labrador en sueños: «Gánate tu pan, no te mantengo más, escarba la tierra y siembra». El tejedor me ha dicho: «Hazte tu mismo tus vestidos». Y el albañil me ha dicho: «Coge la llana».

Y solo, abandonado de todos los hombres cuyo anatema implacable pordoquiera yo arrastraba, cuando al cielo pedía una suprema piedad, hallaba en mi camino leones erguidos.

Abrí los ojos, dudoso de la realidad del alba: osados obreros silbaban en la escalera, zumbaban los oficios, estaban sembrados los campos.

Conocí mi dicha y que en el mundo en que estamos nadie puede envanecerse de prescindir de sus semejantes; y desde entonces a todos los hombres los he amado.

SULLY PRUDHOMME

Trad. del francés

### La Jornada del Marañón

Suele llamarse así a la gran expedición organizada por el virrey del Perú en 1559, con el objeto de descubrir Eldorado. Lanzada esta expedición desde las fuentes mismas, podría decirse, del Amazonas, descendió por él cinco mil kilómetros hasta su desembocadura, tras una serie de infortunios superiores a los sobrellevados quince años antes por el mismo Orellana, explorador del gran río.

Componían esta expedición 350 españoles, la mitad de ellos aventureros de la peor especie; pero con sus mancebas negras e indias, y sus esclavos indios y negros, alcanzaban todos a mil. Cuéntense además 300 caballos, y armas y pertrechos de guerra en gran cantidad.

En la misma orilla del Marañón construyeron doce grandes buques; pero por deficiencias de los astilleros, sólo flotaron en el agua dos bergantines. Con la clavazón y hierros de los demás se fabricaron dos grandes chatas y doscientas balsas. Y en esta lamentable flota se lanzaron los marañones a la conquista de Eldorado, al mando del capitán general don Pedro de Orsúa el 26 de setiembre de 1560.

La mitad por lo menos de los marañones, lo hemos dicho, eran gentes escapadas de la horca, o en busca de ella. En una y en otra justa condición se hallaba uno de los tenientes de Orsúa, llamado Lope de Aguirre, vasco, de cuarenta o más años, pequeño de estatura, cojo; mas de una energía física y moral tal que no ha sido sobrepasada por la de conquistador alguno. Véase en breve resumen lo que hizo este hombre.

A los cuatro meses escasos de expedición, socaba la autoridad casi sagrada del capitán general Orsúa, y al frente de sus gentes lo apuñalea en su hamaca, la noche del 1.º de enero de 1561. Erige acto continuo «Príncipe de Tierra Firme y Perú, y Gobernador de

Chile», a un joven andaluz llamado Fernando de Guzmán. Al cabo de cinco meses el jefe de la expedición decide concluir con Lope de Aguirre, pero éste se adelanta y concluye con aquél a arcabuzazos. Dueño ya de los destinos de los marañones, se pone al frente de ellos con el título de «Lope de Aguirre, la Ira de Dios, Príncipe de la Libertad y del Reino de Tierra Firme». Entre todos los capitanes de aquel siglo, el nuestro fué de los contados que no prestaron nunca crédito a la leyenda de Eldorado. Bajo su mando los marañones debían continuar río abajo; pero para salir al mar, y emprender la conquista del Perú. Había enarbolado el pabellón negro.

Entre tanto, sobre el río desbordado las fiebres, las alimañas, el hambre, las traiciones y la mano de hierro de Aguirre diezaban a los marañones. La flota había sido destruída ya una vez, y recompuesta. Al llegar a la boca del gran río, el proroca deshace una vez más la flotilla de balsas. Con lianas y la ropa de su gente, Aguirre fabrica velas, erra durante tres meses por los islotes del delta sin encontrar salida, hasta que por fin, al frente de su horda de piratas, el más fiel de los cuales, de haber tenido ánimo para hacerlo, habría acuchillado a su jefe, Lope de Aguirre corta el mar Caribe y arriba a la isla Margarita, en las costas de Venezuela.

Se apodera allí de las autoridades españolas, erige su pabellón negro, y al cabo de mes y medio de reinado tan atroz para los isleños como para sus mismos marañones, Aguirre se hace a la mar, desembarca en Borburata, se interna hacia el Perú a través de montes y selvas, hasta que se ve detenido en la población de Barquisimeto, donde las tropas reales le ofrecen batalla. Aguirre es vencido, se ve sitiado y luego abandonado por todos sus piratas.

Al verse solo, llama a su hija, una joven y hermosísima mestiza que idolatra, y que lo ha acompañado en toda la jornada, y cerrando los ojos ante el dolor de la joven, la apuñalea hasta quedar muerta. Acaba de hacerlo, cuando entran dos de sus antiguos marañones. Uno le tira un arcabuzazo. Lope de Aguirre cae herido, y le grita desde el suelo:

—¡Este tiro no vale!

El otro marañón le dispara otro arcabuzazo que le da en medio del pecho.

—¡Este sí!—dice, y muere.

HORACIO QUIROGA

Rep. Argentina.

### De la cabuya y del henequén

La cabuya es una manera de hierba que quiere parecer en las hojas a los cardos o lirios, pero más anchas e más gruesas hojas: son muy verdes, e en esto imitan los lirios, y tienen algunas espinas e quieren parecer en ellas a los cardos. El henequén es otra hierba que también es así como cardo; mas las hojas son más angostas y más luengas que las de la cabuya mucho. De lo uno y de lo otro se hace hilado y cuerdas harto recias y de buen parecer, puesto que el henequén es



mejor e más delgada hebra. Para labrarlo, toman los indios estas hojas e tiénelas algunos días los indios en los raodales de los ríos o arroyos, cargadas de piedras, como ahogan en Castilla el lino; y después que han estado así en el agua algunos días, sacan estas hojas e tiéndenlas a enjugar e secar al sol. Después que están enjutadas, quiébranlas, e con un palo a manera de espadar el cáñamo, hacen saltar las cortezas, e aristas e queda la hebra de dentro de luengo a luengo de la hoja: e a manera de cerro júntanlo y espádanlo más, e queda en rollos de cerro que parece lino muy blanco e muy lindo, de lo cual hacen cuerdas e sogas e cordones del gordor que quieren, así de la cabuya como del henequén; e aprovéchanse dello en muchas cosas, en especial para hacer los hilos o cuerdas de sus hamacas o camas en que duermen...

Alguno deste henequén (y también de la cabuya) es hilo blanco e muy gentil; e otro es algo rubio. Aquí cuadra una particular invención nueva destos indios, enseñados de la natura, después que los cristianos los enseñaron a estar en grillos e prisión. Decirse ha la manera que tienen para cortar el hierro con hilo desta cabuya o del henequén, si les dan espacio para ello. Esto está experimentado en que de noche, descuidados los cristianos, e teniendo en cadenas presos algunos indios o con grillos, se han soltado e ídose, e han hallado cortadas las prisiones, y es desta manera. Como quien asierra, mueven sobre el hierro que quieren cortar un hilo de henequén o cabuya, tirando y aflojando, yendo e viniendo de una mano hacia otra, y echando arena muy menuda sobre el hilo (en el lugar o parte que lo mueven), ludiendo en el hierro, y como el hilo va rozando, así lo van mejorando e poniendo del hilo que está sano e por rozar, y desta forma siegan un hierro por grueso que sea, e lo cortan, como si fuese una cosa tierna o muy fácil de cortar. En Tierra Firme ha acaecido cortar a trozos los indios áncoras de navíos de la manera que está dicho.

G. FERNÁNDEZ DE OVIEDO

*Historia de Indias. Tomo I, Lib. VII, Cap. X.*

## Astronomía legal

El alcalde de Villaruín está satisfechísimo con su nueva casa, que es la única mejora del pueblo.

Llega el mes de Noviembre, y la señora alcaldesa traslada el lecho conyugal al dormitorio de invierno.

A la mañana siguiente se levanta don Máximo, y se dispone a contemplar desde la ventana el pueblo que gobierna.

Se asoma, y...

—Es extraño; desde que vivó en esta casa siempre ha salido el sol por mi derecha, y ahora sale por mi izquierda. Ordenemos un bando de buen gobierno.

\*

El maestro de escuela queda encargado de explicar el fenómeno científicamente y gratis.

—Una de dos: o el sol ha empezado a caminar rápidamente y en la dirección que rota la tierra, lo cual no es posible, o ésta ha girado en el sentido de un meridiano, lo cual tampoco es posible.

—Lo que no es posible es que haya un maestro más bruto que usted. ¡A la cárcel!

\*

Así se creó en Villaruín la costumbre de celebrar dos fiestas anuales: cuando don Máximo cambiaba de dormitorio.

\*

Murió el maestro extenuado por el ayuno y por la prisión; y antes de morir, dispuso que le enterrasen con la cabeza hacia levante; pero, como no es fácil mover cada seis meses el cadaver, continua sin sepultar.

\*

Yo, temeroso de estar sepultado en vida e insepulto en muerte, como el maestro de Villaruín, me reduzco a consignar que mientras los hombres no se acostumbren a vivir sin amo, les saldrá el sol a los pueblos por donde le salga al alcalde.

SILVERIO LANZA

España

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

## LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50** c/u.

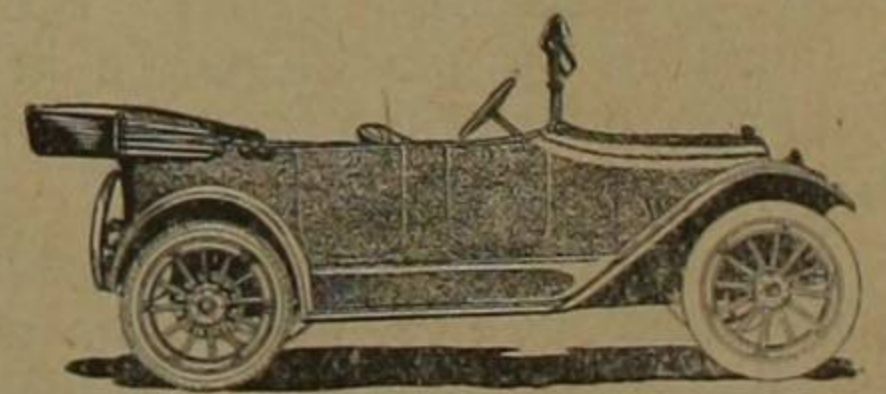
Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

**J. PIEDRA & Hno.**

Lado Oeste de Foto Hernández

## NUEVA EMPRESA



Taller de reparación de automotores  
**SANARRUSIA Y LEITÓN**

Lado Sur del Teatro Nacional

Teléfono 488.

Apartado 1108.